

PUNTO  
**ROJO**  
10

# LA NOCHE Y LAS SOMBRAS

**Silver Kane**





COLECCIÓN

# PUNTO ROJO







## ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE SERIE ROJA:**

1.319. - El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.484. - La casa de las cuatro mil delicias.

En Colección **TEXAS:**

736. - Infierno: capital, Dodge City.

En Colección **KANSAS:**

665. - Un buitre llamado Cox.

En Colección **BÚFALO SERIE ROJA:**

1.014. - Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

502. - Ni más ni menos que un hombre.

En Colección **COLORADO:**

637.- Jinetes de medianoche.

En Colección **CALIFORNIA:**

751. - Todos esperaban la muerte.

En Colección **PUNTO ROJO:**

868. - Cuatro puertas rojas.

En Colección **HÉROES DE LA PRADERA:**

471.- Un regalo llamado muerte.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

76. - Mariposas negras.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

15.- Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección **BRAVO OESTE:**

939. - Polvo amarillo.

En Colección **LA HUELLA:**

80. - Manchas de sangre en los ojos.





SILVER KANE

## **LA NOCHE Y LAS SOMBRAS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 873  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 38.032 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: enero, 1979

© Francisco Bruguera - 1963

texto

© Sampere - 1985

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985



## CAPÍTULO PRIMERO

Wen Patrick salió del edificio y una nutrida salva de aplausos acogió su presencia.

Los doce hombres irreprochablemente vestidos que estaban en la acera iban acompañados por doce señoras igualmente vestidas con el mayor esmero. Dos de esas señoras llevaban grandes ramos de flores, que ofrecieron gentilmente a Wen.

Al fondo, al otro lado de la calle, una pequeña orquesta, compuesta por seis hombres empezó a entonar un viejo himno llamado «Dios salve a nuestra querida América».

Wen se adelantó y estrechó las manos de los doce hombres, puestos en fila como durante un homenaje. Luego besó las manos de las doce damas, que le sonrieron como si estuvieran en el más brillante acontecimiento social de Nueva York.

Cuando esto hubo terminado, el más grueso de aquellos doce hombres —y posiblemente también el más rico y representativo— se adelantó unos pasos y abrazó a Wen Patrick.

—Es para mí un honor recibirle otra vez en nuestro seno —musitó—. Y es un honor también considerarle públicamente como uno de los hombres más dignos y sufridos de nuestra ciudad.

El hombre siguió hablando y vertiendo elogios para Wen Patrick, mientras todos los demás sonreían y movían la cabeza con gestos de aprobación.

La ceremonia era brillante, exquisita, entusiasta.

Posiblemente, el lector pensará que Wen Patrick era un ilustre ciudadano de Nueva York al cual acababa de concederse un distinguidísimo título académico, o bien era un político que empezaba su campaña electoral. Pensará también que el edificio del cual acaba de salir era la Casa Blanca, o poco menos.

Pues no.

El lector que haya hecho tan sólidos y lógicos razonamientos se

equivoca de medio a medio.

Porque Wen Patrick era un presidiario que acababa de cumplir tres años de condena, y el edificio del cual acababa de salir no era otro sino la mismísima cárcel.

Uno de los dos guardianes que estaban en el lado exterior de la puerta, bajo el magnífico sol primaveral, preguntó al otro:

—¿Qué te parece? Toda una ceremonia, ¿eh?

—Y todos son peces gordos, fíjate. El vicepresidente del Colegio de Médicos, el secretario de la Academia de Ciencias, dos o tres cirujanos de esos que te extirpan un riñón y para pagarles tienes que venderle el otro... Te juro que esas caras las he visto en las revistas más de una vez. Y todos están aquí por Wen Patrick.

—Quizá es que se le condenó injustamente y merece esta reparación.

El otro guardián movió la cabeza con un gesto de duda.

—¡Vaya, hombre! Como si enterrar a una persona viva no fuese un asesinato...

Había muchos coches magníficos estacionados en el gran *parking* frontero a la cárcel. Todos eran nuevos, relucientes, últimos modelos... Parecía aquello un anticipo del Salón del Automóvil. Pero el más espectacular último modelo faltaba por llegar todavía.

Todos le vieron doblar la curva, mientras su color inmaculadamente blanco relucía al sol.

Era un modelo de serie, pero terminado con detalles especiales, eso se advertía en seguida. Por ejemplo, aquella clase de pintura metalizada no la tenía ningún otro coche en los Estados Unidos. Los cromados también eran especiales, con formas caprichosas y altamente deportivas. En cuanto a los asientos del descapotable estaban tapizados en piel roja, y el volante tenía adornos en oro macizo.

El flamante vehículo se detuvo, y de él descendió una mujer que nada tenía que envidiar al coche.

Era joven, de veintidós años aproximadamente. Llevaba un corto abrigo de piel de leopardo, y debajo un conjunto de ante. Los zapatos y las medias daban un realce envidiable a las maravillosas piernas, que no eran sino el soporte de una de las figuras más distinguidas y bonitas que podían verse en la gran ciudad.

Uno de los guardianes dio con el codo al otro.

—Mira, tú...

—Y viene por Wen Patrick...

En efecto, la escultural mujer —que, sin embargo, no quería ser provocativa, eso se adivinaba en seguida— corrió a los brazos de Wen abrazándole apasionadamente.

—¿Pero ese tío puede tener una amiguita semejante? —preguntó uno de los guardianes con la boca abierta.

—¡Calla, batracio! ¡Es su mujer!

Los sesudos y doctos médicos que formaban la comisión carraspearon al ver el modo cómo Wen la besaba en los labios.

A más de uno le tuvo que pisar su mujer discretamente, porque los ojos se le salían de las órbitas.

—No hay para tanto...

—No, querida, si yo me fijaba en el abrigo...

—¡Estúpido! Mirabas más abajo...

—Bueno, es que me fijaba también en los zapatos.

Wen susurró al oído de la escultural mujer:

—Creí que no vendrías...

—Con la inyección que me pusieron ayer he dormido mucho más de la cuenta. Nadie se atrevía a despertarme...

—¿Pero es que sigues encontrándote mal?

—Tengo días...

Uno de los médicos cuchicheaba al oído de su compañero más inmediato:

—Ahí donde la ves, tan hermosa y tan deseable, es un caso clínico. Tiene el corazón muy mal. Podría morir cualquier día, de una impresión o de una angustia...

—No debías haberte comprado ese coche tan maravilloso... —susurró Wen—. Creo que has llamado demasiado la atención de todo el mundo.

—El coche es tuyo, cariño. Lo he puesto a tu nombre. Quiero resarcirte un poco de los años que has pasado en la cárcel...

—Con sólo tu presencia ya me siento recompensado.

El secretario de la Academia de Ciencias se acercó y dio a Wen unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, vamos, supongo que a usted no le agradará estar eternamente ante este edificio... Le hemos preparado una comida

en el Waldorf para obsequiarle, y para que se olvide de las pesadillas de los últimos años. Acompáñenos. Vendrá usted en el coche oficial de la Academia, naturalmente.

—Preferiría ir con mi esposa, si no hay inconveniente en ello.

—Claro que no lo hay. Tiene usted una esposa envidiable, amigo. Muchos..., ¡ejem!, también pasaríamos años en la cárcel para después... Bueno, para eso. Puede usted seguirnos. Después de la comida pensamos entregarle un pergamino con más de mil firmas, en prueba de desagravio de la clase médica de esta ciudad a un hombre con el que se cometió una monstruosa injusticia.

—Quizá la injusticia no resultó tan grande. Verdaderamente, el Jurado lo tuvo todo en cuenta y señaló una pena leve... Pero ya hablaremos de eso. Desde luego, les seguiré y... Y nunca agradeceré bastante lo que están haciendo conmigo.

—No obstante, amigo mío, le veo poco alegre.

—Es que... —Wen se apretó los labios—. Bueno, en realidad no tiene importancia. No es más que un presentimiento.

Aquella sensación de que Wen Patrick no era feliz, de que algo muy grave estaba ocurriendo en su interior se acentuó al mediodía, durante el almuerzo, en uno de los salones más distinguidos del Waldorf Astoria.

El médico que se sentaba junto a Wen tuvo que decírselo:

—Pero ¿qué le ocurre, amigo Patrick? ¿Tanta influencia ha dejado en usted la cárcel? Ciertamente ha pasado unos años muy malos y que se le ofendió públicamente, pero dese cuenta de que se le está desagraviando públicamente también. Tiene usted sólo veintinueve años, o sea una vida entera por delante. Su mujer es una de las más bonitas de Nueva York, y en cuanto a la clientela, nosotros nos encargaremos de que vuelva a tenerla.

—No es eso... No sufro por eso, créame.

—Entonces, ¿por qué? ¡Ah, ya comprendo! Piensa usted que va a tener la Prensa en contra.

—No. Los periodistas son más bien buenos chicos, en el fondo. Me atacaron cuando yo me mostré altivo y orgulloso, pero dejaron de meterse conmigo en cuanto me vieron hundido. Y yo ahora estoy hundido otra vez, de eso no cabe duda.

—No lo diga, Wen. Todos estamos aquí para ayudarle, y además, lo haremos públicamente.

Sin embargo, las facciones de Wen no se alegraban. Correspondía mecánicamente a los brindis y a las frases de elogio, pero nadie pudo decir que le hubiera visto una sonrisa, un gesto de alegría.

Su mismo compañero se lo volvió a preguntar:

—¿Está usted triste, quizá, por una especie de complejo de inferioridad? ¿Tal vez porque su mujer es demasiado rica?

—No, no es por eso. Además, Marta siempre ha procurado que su riqueza fuera un positivo apoyo para mí. ¿Recuerda el proceso? Pagó los mejores abogados. Yo era entonces un médico demasiado joven que acababa de casarse, y que aún no tenía fortuna propia. Marta se desvivió por mí y, lo que tiene más importancia, me ha sido fiel durante todos estos años.

—Pues, entonces.... ¿Por qué no alegra esa cara? ¿Qué le ocurre para estar así? Créame, amigo. No tiene sentido...

Wen Patrick apretó los labios.

Fue entonces cuando lo dijo por primera vez:

—El Destino se vengará de mí. Se vengará de mí horrorosamente. A mí me ocurrirá como a aquel desdichado. Seré enterrado vivo, estoy seguro.

## CAPÍTULO II

Los periódicos de aquella época estaban desplegados ante la mesa. Todos hablaban de lo mismo, todos publicaban las mismas macabras fotos, todos actualizaban en la mente de Wen Patrick aquella lejana pesadilla...

Los ojos verde-gris del médico contemplaron la primera de aquellas espantosas fotos.

*«El cuerpo de Harold Walson en el momento de ser extraído de su ataúd por orden judicial. Incluso en la foto se aprecian sus manos crispadas y manchadas de sangre. Los esfuerzos que debió hacer para salir del ataúd debieron ser horribles, y su lenta agonía la más espantosa que pueda sufrir un ser humano...».*

La segunda mostraba en primer plano el rostro de Harold Walson. El médico leyó el pie:

*«Observen nuestros lectores los ojos abiertos, la boca torcida en tina espantosa mueca. Sólo viendo este rostro se imagina uno el espantoso drama del hombre que despierta cuando ya está olvidado en su tumba...».*

Cualquiera hubiera cerrado los ojos ante aquellas fotos siniestras, pero Wen Patrick las miró una y otra vez, como deleitándose en su propia y ya vieja pesadilla.

Los titulares de los periódicos eran agresivos, lacerantes:

**«¡A LA CÁRCEL EL MEDICO QUE CERTIFICO LA  
DEFUNCIÓN!»**

**«¡SE HA COMETIDO UN ASESINATO LEGAL!»**

«¡TODO EL RIGOR DE LA LEY DEBE CAER SOBRE EL  
HOMBRE QUE CONDENO A UN SEMEJANTE A MORIR EN  
LA MAS ESPANTOSA AGONÍA!»

Las manos de Wen dejaron suavemente los periódicos sobre la mesa.

Sí, los periodistas le habían atacado. Aquellos titulares habían significado el fin de una carrera que pudo ser brillante. Resultaron inútiles aquellos otros titulares, pagados por los médicos a precio de publicidad para defender el prestigio de la profesión a través de uno de sus miembros, que había cometido un error terrible.

«¿PUEDE CONDENARSE A UN HOMBRE POR UNA SIMPLE  
EQUIVOCACIÓN?»

«HAROLD WALSON ESTABA TÉCNICAMENTE MUERTO  
CUANDO EL MEDICO CERTIFICO SU DEFUNCIÓN. SI SE  
CONDENA A WEN PATRICK HABRÍA QUE CONDENAR  
TAMBIÉN A LOS FAMILIARES, QUE CAYERON EN EL  
MISMO ESPANTOSO ERROR»

Wen cerró un momento los ojos.

Recordaba aquello como si estuviera sucediendo de nuevo otra vez, como si los periódicos con aquellas macabras noticias acabaran de publicarse ahora mismo.

Todo el mundo se había volcado en injurias contra él porque había certificado la defunción de un hombre que aún no estaba muerto, que se encontraba tan sólo en estado cataléptico. Sólo sus compañeros de profesión le defendieron, pero no por él mismo, sino porque al atacar a Wen se atacaba a toda la clase médica, y el prestigio de la profesión exigía una defensa enérgica. Pero todo fue inútil.

Wen abrió los ojos de nuevo.

Los tres años últimos parecieron desfilan ante sus pupilas como en una película gastada y gris. Tres años encerrado en una celda, sin más horizonte que el de unas ventanas enrejadas, y sin ver a una mujer más que a través de las verjas del locutorio. Tres años...

Marta entró en la habitación.

Marta pareció llenarlo todo con sus caderas anchas, su cintura cimbreante, sus piernas que más de una *vedette* de Broadway hubiera envidiado. Sin embargo, Wen Patrick apenas la miró más que un leve instante.

Ella le acarició los cabellos suavemente.

—Es inútil que te atormentes, querido. Ya todo pasó y tú estás libre y rehabilitado. Ahora comprendo que debí haber quemado todos esos periódicos hace tiempo.

—No. Créeme que a veces es mejor recordar. Uno, al menos, sabe exactamente lo que ha sucedido y sabe cuál es el punto desde el que tiene que empezar de nuevo.

—Tú empezarás otra vez, cariño. ¡Y triunfarás!

Wen movió la cabeza, pesarosamente.

—No lo sé.

—Pero ¿por qué no? ¿Es que no te han dicho tus compañeros te facilitarán nuevos clientes? Y aunque no fuera así, ¿para qué los necesitas? Yo tengo dinero...

—No hace falta que me lo recuerdes, Marta.

Fue ella ahora la que movió la cabeza con pesar, mientras se fruncían sus hermosos labios.

—El dinero, lejos de unirnos, ha sido siempre una barrera entre los dos, cariño. Tú ya empezaste a sentirte humillado cuando te presté unos miles de dólares para montar el consultorio. Desde entonces, siempre que has estado en un apuro y yo te he ayudado, parece como si se hubiera ensanchado un poco el abismo que nos separaba. Pero ¿por qué eso? ¿Por qué no podemos ser felices de una vez?

—Quizá yo no sea un buen médico, Marta. Quizá no sea el hombre prestigioso que tu apellido necesitaba.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando nos casamos, tuviste que ayudarme en los gastos de primera instalación. Luego viví casi a costa tuya hasta que empecé a conseguir clientes. Y por fin, cuando empezaba a abrirme camino... sucedió eso.

—Un error así pudo tenerlo cualquiera, Wen. Tus mismos compañeros lo han reconocido.

—Pero es que tú no sabes lo peor.

—¿Lo peor?

—Cuando llevaba tres meses en la cárcel, me escribió la viuda de Harold Walson. Ya sabes, la viuda del hombre a quien hice enterrar creyendo que estaba muerto. Fue la carta más cínica que he recibido en mi existencia, y también la más atrevida, puesto que yo podía entregarla a los tribunales. Me decía que, gracias a mí, ella había entrado en posesión de una cuantiosa herencia. Que sin mi equivocación, su marido hubiera vivido diez años más y ella se habría convertido en una vieja. Y que ahora pensaba disfrutar del dinero casándose con el hombre que había sido realmente el único amor de su vida. Fue... fue la única equivocación que tuve por mi bestial error. Y durante estos tres años, por Navidad, la viuda siempre me ha enviado un lote.

—Qué cínica degenerada... Qué..., ¡qué maldita perra!

Wen se encogió de hombros pesadamente.

—Ésas son las cosas que me deshacen y que han arruinado mi espíritu. Yo no soy más que un fracasado, pero no es eso lo peor, Marta.

—¿Qué es, entonces..., lo peor?

Wen Patrick apretó los labios.

Fue la segunda vez que lo dijo:

—Yo también seré enterrado con vida. El Destino se vengará de mí de la forma más cruel y despiadada. Tú me enterrarás con vida a mí, Marta..., como yo enterré a Harold Walson.

Marta le acarició los cabellos otra vez, con aquella suavidad especial que daba a sus dedos un influjo casi mágico.

—No pienses en esos absurdos, querido. Tú no te morirás antes que yo, porque demasiado Sabes que padezco del corazón, y que en cualquier momento puede... puede terminar todo. Pero, aunque tú murieras antes, yo tomaría mis precauciones, descuida. Esto es algo que no olvidaré nunca.

—Hagas lo que hagas, lo que yo temo sucederá.

Las palabras de Wen sonaban de un modo obsesionante, lento, lúgubre, como suenan las voces durante el curso de una pesadilla.

Marta tuvo por un momento la horrible sensación de que él había previsto el Destino, de que aquello ocurriría a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo.

Fue a tragar saliva y ni siquiera eso pudo hacer. En su garganta contraída se había formado como una bola.

—Wen... —dijo al cabo de unos instantes, cuando pudo recuperar la calma—. Has salido esta mañana de la cárcel, y aún no hemos tenido ni un minuto de intimidad. Después del almuerzo ofrecido por tus colegas has recibido a los periodistas, y luego te has encerrado aquí, con los viejos diarios de hace casi un lustro. ¿Por qué todo esto? Ha llegado la noche y puede llegar también la hora de nuestro amor, de nuestra recompensa. ¿Es que... es que ya no te gusta?

Dio una rápida vuelta ante él. Marta carecía de picardía, pero era hermosa, endiabladamente hermosa. Llevaba una falda estrecha que ceñía sus esculturales formas. Las costuras de las medias estaban en el centro exacto de unas pantorrillas que hubieran hecho brillar los ojos de cualquier hombre. Sin embargo, no brillaron los ojos de Wen.

—Vamos, cariño... Nuestra alcoba nos espera como en la noche de bodas. Y yo te espero con más amor que entonces...

Wen se puso en pie.

Los dos cuerpos se fundieron en un estrecho, en un apasionado, en un enervante abrazo.

Juntos fueron al dormitorio que estaba iluminado solamente por luces tenues, discretas, íntimas, esas luces que invitan a la complicidad.

Marta se desvistió lentamente, poniendo intención, feminidad, en cada gesto.

Desde el jardín, a través de las cortinillas suaves, se distinguía su enloquecedora silueta.

Luego se apagó la luz...

El hombre que había estado abajo, entre los arbustos, mirando la ventana como un obsesionado, dio media vuelta, apretó los labios, y luego saltó ágilmente la verja.

Cien metros más allá, en la calle solitaria, había un *snack-bar* que no cerraba hasta altas horas de la noche.

El hombre se acodó en la barra y pidió un *whisky* triple, que el camarero le sirvió con una sonrisa socarrona.

—Mala suerte también hoy, ¿eh, señor Curtis?

—Sí —gruñó el otro—. Mala suerte.

Por la mañana, mientras un magnífico sol penetraba a través de las cortinillas del dormitorio, Marta misma trajo el desayuno y los

periódicos de la mañana.

Lucía un salto de cama en nylon rosa bajo el que se transparentaban sus formas llenas, tentadoras, pictóricas de vida. Parecía increíble que aquella mujer.

### CAPÍTULO III

Por la mañana, mientras un magnífico sol penetraba a través de las cortinillas del dormitorio, Marta misma trajo el desayuno y los periódicos de la mañana.

Lucía un salto de cama en nylon rosa bajo el que se transparentaban sus formas llenas, tentadoras, pictóricas de vida. Parecía increíble que aquella mujer fuera en realidad una enferma grave, una mujer que en cualquier momento, mientras tomaba un sorbo de café o subía a uno de sus coches deportivos, podía quedarse muerta.

¿Era aquello quizá lo que la había inducido a casarse con un médico, con un hombre que pudiera cuidarla durante las veinticuatro horas del día?

Wen, a veces, pensaba eso.

Claro que una mujer tan bonita, tan deseable como Marta, tenía la virtud de alejar los pensamientos, dejando suelto tan sólo el instinto universal del amor.

Ella se sentó en un borde del lecho, mientras mostraba desnuda una de sus largas piernas.

—¿Café o té?

—Café. Ya sabes que siempre tomaba lo mismo.

Marta le sirvió, y durante unos instantes bebieron en silencio. Luego ella dijo:

—¿Sabes? Va a venir mi hermanastra Thelma.

Wen apretó los labios.

—¿Thelma? ¿Y para qué diablos...?

—Me ha telefonado esta mañana precisamente, mientras tú dormías. Quiere verte.

—Pues yo no comprendo la necesidad.

—Tienes que darte cuenta. Es mi hermanastra, y en cierto modo, cuñada tuya. Tú nunca le has tenido simpatía, pero cuando te

procesaron se portó muy bien, y durante tu ausencia ha sido para mí un gran apoyo moral. Ahora, cuando todo ha pasado ya, quiere felicitarte.

—¿Felicitarme? No veo la razón.

—En realidad, Wen, todo ha ido mucho mejor de lo que esperabas, dadas las circunstancias.

—¡Pero no es necesario que venga Thelma! ¡No es preciso que venga ella a turbar la poca tranquilidad de que puedo disfrutar ahora!

Lo de Wen había sido como una explosión repentina, como un ramalazo de cólera. Su esposa le miró con sorpresa, con los ojos muy abiertos, como si por unos momentos hubiera creído estar viendo a un extraño.

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada... Sencillamente, que no me gusta la compañía de Thelma. ¿No es esa razón suficiente?

—De todos modos, yo no le puedo negar la entrada en esta casa. Compréndele, Wen... Va a estar aquí solo unos días. Puedes tener paciencia con ella...

Wen se encogió de hombros.

—Bueno, de todos modos, la casa es grande. Espero tener la suerte de no tropezármela con frecuencia...

Thelma llegó al día siguiente. Y, la verdad, viéndola nadie podía imaginarse que hubiera un hombre en el mundo que no deseara tenerla en su casa. Mejor aún, en su habitación.

Thelma, a la que sólo había correspondido una pequeña parte, de la herencia de su padrastro (y padre de Marta), parte que dilapidó en sólo dos años, era muy distinta de su hermanastra. Thelma no era, desde luego, tan hermosa como Marta, pero resultaba, en cambio, mucho más excitante. Se había ganado la vida primero como modelo, y luego, cuando empezó a estar demasiado llenita para lucir trapos de última invención, se empleó en un *burlesque*, donde adquirió rápidamente el rango de primerísima *vedette*. Sabía desnudarse ante el público como ninguna otra, y cualquier cosa puesta sobre su escultural cuerpo adquiriría una importancia fuera de serie. Si estamos de acuerdo en que las mujeres se dividen en bombones (las que lo tienen todo, pero para individuos que estén a régimen) y monumentos (las que lo tienen

todo, más una serie de pluses y tantos por ciento para individuos tragones), habrá que decir que Thelma era una combinación de bombón, monumento y pastel de cumpleaños.

Marta le había perdonado que trabajara en un *burlesque*, pero Wen, por lo visto, no. Y a causa de eso, cuando Thelma llegó, Wen se negó a recibirla.

Aquella tarde se fue a pasear solo al cementerio de Brooklyn.

Marta, que le hacía seguir por un detective privado para que Wen estuviese siempre protegido y no cometiera ninguna locura, fue inmediatamente a buscarle cuando recibió el aviso.

«Su marido está paseando solo por el cementerio de Brooklyn, señora. Mira las tumbas como el que mira los chalets junto a la playa. ¡Ni que fuera a comprar una!».

En efecto, Marta lo encontró extasiado ante los más viejos panteones del cementerio, donde reposan los primeros, los segundos y los terceros millonarios de la gran urbe. Un sol tímido y dorado daba sobre las verjas, y hubiérase dicho que Wen miraba con envidia todo aquello.

—Wen...

El se volvió. Sus ojos la miraron con sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte.

—¿Y cómo sabías que estaba precisamente en el cementerio de Brooklyn? No he dicho adónde iba.

—Me han avisado.

—Entonces es que me haces seguir por alguien...

Marta apoyó la cabeza en su hombro, tímidamente, mientras cerraba los ojos con una especial dulzura.

—Te hago seguir por un detective privado, Wen. No sé si tú sabrás comprenderlo, pero temo por ti. ¡Tu espíritu está tan quebrantado, tan roto! Podrías cometer cualquier barbaridad, y ese hombre la evitará. Por otra parte, no te causa ninguna molestia, ni hace más que seguirte a distancia...

—Entonces, te habrá dicho también que ayer fui a ver a la viuda de Harold Walson...

—Sí.

Hubo un momento de tenso silencio entre los dos. Marta fue la primera en romperlo para preguntar tímidamente:

—¿Por qué lo hiciste, Wen? ¿Por qué?

—Porque la muy maldita me escribió aquella carta.

—¿Querías insultarla por eso?

—No sé lo que quería hacer. No sé exactamente lo que pretendía al ir a su casa. Pero quería decirle..., ¡quería decirle que era una zorra! ¡Yo me equivoqué, pero ella se aprovechó de la situación! ¡Es una maldita y condenada arpía!

—¿Le dijiste eso?

—Y bastante más. Se produjo un pequeño escándalo, del que sólo yo fui responsable. Afortunadamente, no hubo más testigo que un viejo sirviente.

—¿No te das cuenta de que, con reacciones así, podrías ir a la cárcel otra vez?

—No me importa.

—Pero yo te quiero, cariño... Lo eres todo para mí...

Wen dijo con extraña entonación:

—Me tendrás junto a ti poco tiempo.

Marta se estremeció, y el estremecimiento pareció repercutir en el cuerpo de Wen, al que continuaba pegada.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te hace pensar una cosa semejante?

—Es ya la tercera vez que lo digo, y lo repetiré hasta que ocurra: El Destino se vengará de mí. Yo condené a un hombre a morir en la más espantosa agonía, y mi fin habrá de ser igual al que yo le di a él. Acuérdate bien de estas palabras, Marta, porque *tú, tú misma*, harás que me entierren vivo.

Un sollozo espasmódico pareció romper la garganta de la mujer, cuyos ojos suplicantes se alzaron en busca de los del hombre.

—Wen... ¿Por qué piensas eso? ¿Por qué quieres atormentarte? ¿Cómo quieres que yo misma te haga dar sepultura cuando aún no hayas llegado a morir?

—Sé que no lo harás queriendo, Marta.

Wen Patrick tenía los ojos perdidos en el vacío, y sus labios se movían mecánicamente, como si las palabras le fueran dictadas desde algún punto del Más Allá.

—No lo harás queriendo —prosiguió—, pero te equivocarás

como yo me equivoqué. Me harás descender a la sepultura cuando todavía esté vivo. Ocurrirá aproximadamente lo mismo que con Harold Walson.

—¡Pero tú no puedes decir eso! ¡Yo moriré antes! ¡Los médicos lo aseguran!

—¿Morir porque padeces del corazón? Morirías si te dieran una serie de sustos horribles, pero eso no ocurrirá por ahora. En cambio, nadie es capaz de decir que un hombre con buena salud vaya a vivir al día siguiente. Conmigo ocurrirá algo así, Marta.

—¡Pero si eso ocurriera yo me aseguraría bien! ¡Te lo juro! ¡Yo te haría examinar por cien médicos antes de hablar con los de Pompas Fúnebres! ¡Y además, no hablemos ya más tiempo de eso! ¡Una conversación así me repugna!

—También me repugna a mí, pero es necesaria. ¿Tú crees que el espíritu de Harold Walson no me perseguirá eternamente? ¿Tú crees que todo ha terminado con la sentencia de los jueces en la tierra? No, Marta, no es así. Yo moriré en forma horrible, de la misma manera que maté, y tú no podrás evitarlo.

—Me das miedo... Pero te juro que lo evitaré.

—Sólo deberás tomar una precaución, Marta —siguió él como si no la hubiese oído—. Una sola precaución..., en beneficio tuyo.

—¿Cuál?

—Entiérrame en una tumba bien honda y con barrotes bien fuertes en el panteón. Asegúrate de que las cerraduras funcionen perfectamente, porque si no lo haces así... saldré de ella.

## CAPÍTULO IV

El barman preguntó con tono socarrón:

—¿Otro *whisky* triple, señor Curtis?

—De acuerdo; triple.

El barman le miró mientras Curtis apuraba el contenido del vaso casi de un solo trago.

—¿Mala suerte hoy también, señor Curtis?

—Mala suerte.

—¿Le sirvo más?

—Bueno, otro *whisky*, pero sencillo.

—Se va usted a emborrachar, señor Curtis.

—Ya sabes que eso nunca ocurre. Tengo mucha resistencia.

—¿Pero, por qué se empeña en no quitarle ojo a esa mujer, señor Curtis? Si me permite esa indiscreción, vamos. Estamos de acuerdo en que la señora es de campeonato, pero es inútil sufrir por ella, y a usted se le ve que sufre. Además, ha tenido tres años para conquistarla y no ha hecho nada. Ahora ya es tarde; el marido ha vuelto.

—Lo sé.

—¿Por qué no ha hecho nada durante estos tres años, si me permite la pregunta?

—Estaba ausente. He llegado en el peor momento.

—Pues no conseguirá nada, amigo. La mujer es decente. En este barrio señorial nos conocemos todos un poco; y es de lo mejorcito.

—Sí, ya lo comprendo.

Curtis terminó su otro *whisky*, a pesar de lo cual pareció tan sereno como antes de empezar a beber.

—¿No conocía usted a la señora? —preguntó el *barman*.

—No.

—Pues, entonces, más difícil todavía. Ella no habla con desconocidos.

—Ya lo comprendo. O.K.

—O.K., amigo. Y gracias.

Curtis había salido, dejando una buena propina como de costumbre. Una vez en la calle, fue a cruzar la calzada distraídamente, y por poco le arrolla un maravilloso «Jaguar», de dos plazas, color verde.

El «Jaguar» frenó, y por la ventanilla asomó el rostro de una mujer que en Londres hubiera hecho tumbar de espaldas a la estatua de Nelson.

Era Marta.

—Curtis...

Su expresión, un poco alarmada por la inminencia del accidente, se había dulcificado de pronto. Una sonrisa asomaba a sus labios despintados, y sin embargo, maravillosamente hechos para besar.

—Curtis... —repitió.

—Marta... ¡Qué sorpresa! No podía ni siquiera imaginar que estuvieses aquí. ¿Es que vives cerca?

—En un chalet, a cosa de cien metros.

—¡Qué casualidad!

El barman, que tenía abierta la puerta de su establecimiento, oyó todo este diálogo.

Arrojó la propina al bote, con rabia.

—Conque no la conocía... ¡Vaya cara tiene el tío! ¡Tiene más cara él, que cuerpo ella!

Marta abrió la portezuela.

—Hacía una eternidad que no nos veíamos. ¿Subes?

Curtis se quedó detenido.

—¿Qué te pasa?

—No, nada...

Le pasaba lo que le hubiera pasado a cualquier otro. Marta, al volante tenía la falda subida hasta más arriba de las rodillas. El tenue nylon de sus medias rebrillaba al sol con una suavidad diabólica. Curtis tuvo que cerrar los ojos para que ella no notara lo que estaba pensando.

Subió.

—Sí, ha sido una afortunada casualidad —dijo con desenvoltura—. Yo no imaginaba encontrarte aquí. Vengo a este barrio por primera vez en mi vida. En realidad hace un solo día que he llegado

a Nueva York, ¿sabes? Estuve en Sudáfrica.

—¿Trabajando?

—Sí, cosas de diamantes, pero no ha habido suerte.

—Es una lástima lo ocurrido contigo, Curtis. Tú eras de una familia muy rica.

—Y lo he dilapidado todo, ya sé lo que quieres decir. Pero cada uno es como es, ¿verdad? Y no pido explicaciones ni las doy.

—¿Adonde te llevo?

—Pues... no sé, a cualquier parte. ¿Adónde ibas tú?

—De compras, al centro. Precisamente quería adquirir algunos pequeños obsequios para Wen.

—Wen... ¡Ah, sí!

Marta le miró de soslayo, sin por eso disminuir la rapidez de su fantástico bólico.

—¿Cuánto tiempo hacía que tú estabas ausente de Nueva York, Curtis?

—Más o menos, tres años.

—Entonces... Entonces no debes estar enterado de cómo ha ido la carrera de Wen, ¿verdad?

—¿Yo? No, no sé nada. Habrá progresado mucho, supongo.

Marta se sintió aliviada, porque le parecía que todo el mundo tenía derecho a acusar a Wen. Allí, al menos había un hombre que no le hablaría de aquel suceso horrible.

Entraron en las concurridas calles de Manhattan hablando de cosas intrascendentes. Allí, Marta tuvo que disminuir mucho la velocidad, y le fue difícil encontrar aparcamiento. Entraron en diversas tiendas, y Marta adquirió camisas, corbatas, pañuelos y artículos de tocador para Wen. Para ella misma no compró nada. Luego subieron de nuevo al coche.

—Eres una mujer ideal —dijo Curtis—. Sólo has pensado en tu marido.

—Es que él necesita animarse ahora.

Pero no dijo por qué.

Al contrario, cambió de conversación.

—Me acuerdo de lo amigos que eran tu padre y el mío —dijo, mientras salían de las calles concurridas del centro—. Los mejores amigos del mundo, diría yo. Tú debes acordarte también de las muchas horas que habíamos pasado jugando juntos, cuando éramos

niños.

—¿Cómo voy a olvidarlo?

—Y ahora, ¿qué haces? ¿Estás de vacaciones? Me has acompañado durante toda la mañana dando la sensación de que no tenías nada que hacer.

—Estoy de vacaciones, en efecto, pero van a durar poco. Ya sabes que soy ingeniero de minas. Tengo un contrato para trabajar en unas que están en Klondike, en Alaska.

—Entonces, ven a casa. Wen y tú apenas os conocéis. Comes con nosotros y luego vamos juntos a algún sitio. ¿Te parece?

—Por mí, encantado, pero temo ser inoportuno.

—Al contrario, Wen necesita compañía. Debido a cierto suceso que ocurrió con un paciente suyo hace tres años, está obsesionado y no hace más que visitar a la viuda. Eso ha llegado a convertirse en una pesadilla. Bueno, digo viuda, pero en realidad digo mal, porque en seguida volvió a casarse con un hombre más joven que ella. Tú quizá le recuerdes porque su esposo, Harold Walson, pertenecía a la buena sociedad.

—Harold Walson... —Curtis entrecerró los ojos—. Sí, ya lo recuerdo. Un hombre serio, solemne, que siempre vestía de negro. Su esposa era bastante más joven que él, y la gente murmuraba que se había casado por dinero. Tenía unas piernas admirables, bastante llenitas, y cruzarlas como una artista.

—Pues, ésa es la mujer a la cual va a visitar Wen casi a diario. Creo que se conserva más bonita y más seductora que nunca, pero estoy absolutamente segura de que no hay nada de malo en las visitas de Wen. Simplemente quiere justificarse, quiere librarse de una penadilla, y lo que en realidad hace es hundirse cada día más en ella.

Rodaban ahora a más velocidad por calles tranquilas, en dirección a la finca de Marta.

—No es eso sólo lo que atormenta a Wen —musitó ella a continuación, mientras esquivaba a un camión de reparto—. Además, tenemos en casa a mi hermanastra Thelma. Tú la recuerdas, ¿verdad?

—Sí, claro que la recuerdo. Tu padre la adoptó cuando no era más que una niña.

—Y vivió con nosotros hasta la muerte de papá. Luego, en la

herencia, él le dejó una cantidad bastante razonable, que Thelma dilapidó en menos que tarda en contarse. De todos modos, yo me siento como un poco culpable ante ella, y por eso la invito a casa con frecuencia. Ahora está pasando unos días con nosotros, y eso, no sé por qué, se ha convertido en una pesadilla para Wen. No puede tragársela. Ve a Thelma y se pone enfermo automáticamente. Yo no sé qué hacer, pero pienso que tu compañía quizá calme la tensión un poco.

—No sabes cuánto lo celebraría. ¿Pero estás segura de que no voy a molestar?

—¡Tonto!

Pasaron ante el *snack* bar. El barman, en la puerta, movió la cabeza cachazudamente.

—Hay que ver... ¡Menudo tipo! ¡Y aún ha estado bebiendo porque decía que tenía mala suerte!

Cien metros más allá, el «Jaguar» se detuvo.

—Las asistentas ya se habrán ido —musitó Marta—. Emplearé el llavín.

—Resultan curiosas las antipatías que uno a veces siente por la gente —murmuró Curtis, mientras ella daba vuelta a la llave—. En cuanto al caso de Wen y Thelma...

De pronto se detuvo.

Quedó paralizado, atónito.

Porque las puertas interiores del gran vestíbulo de la casa estaban abiertas, dejando ver el salón contiguo. Y en el centro de ese salón contiguo, puestos en pie.

Wen y Thelma se estaban besando apasionadamente.

## CAPÍTULO V

Fue entonces cuando para Marta empezó aquello en que ella nunca había creído, aquello que estaba más allá del mundo y de los hombres, más allá del espacio, más allá del miedo.

Marta lanzó un grito al sorprenderlos, y en ese momento se distanciaron los dos.

Thelma tenía las ropas y los cabellos un poco desordenados, lo cual indicaba lo frenético del abrazo. En cuanto a las facciones de Wen, estaban un poco lívidas. Parpadeó al ver a su esposa allí, y los brazos que estrechaban a Thelma cayeron a lo largo del cuerpo.

—Wen...

El grito de Marta había sido de pasmo, de incredulidad, de asombro. Repentinamente, un mundo absurdo, en el que no deseaba creer, se había desvelado ante sus ojos.

—Wen...

Ahora, la voz había sido trémula, ansiosa, suplicante casi.

De pronto, Wen hizo algo muy extraño. Pareció como si fuese a hablar, y sus labios no modularon palabra, pero quedaron torcidos en una extraña mueca. Se sentó en una de las butacas y se llevó la mano derecha a los ojos, a la boca.

Sus facciones se volvieron más lívidas.

Se llevó las manos al corazón y cayó de rodillas. Pareció por un momento que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

Curtis se precipitó hacia él.

—¡Pronto! ¿Tienes algún tónico cardíaco? ¡Esto es un ataque al corazón! ¡Puede morir!

En seguida se dio cuenta de que Marta podía prestarle bien poca ayuda. Ella era una enferma cardíaca, eso lo sabían desde niña. Se había apoyado en la pared, con las dos manos crispadas a la altura del corazón, y respiraba dificultosamente. Estaba sufriendo una crisis que intentaba superar con todas sus fuerzas, pero no se le

podía pedir más.

Miró entonces a Thelma.

—¿Sabe si hay por aquí algún tónico?

—Ignoro lo que pueda haber en la casa. No he visto el botiquín nunca.

Wen Patrick, por entonces, había caído ya de bruces al suelo y gemía entrecortadamente. Curtis masculló:

—Al menos hay que llevarle a una cama y avisar a un médico. ¿Dónde está su dormitorio?

Thelma señaló uno de los largos pasillos, al fondo del cual había una puerta.

—Allí.

Curtis, cuyos anchos hombros delataban al hombre que ha cultivado todos los deportes, levantó sin dificultad al caído Wen y lo llevó rápidamente al dormitorio, donde una ancha y hermosa cama de matrimonio le recordó inmediatamente la primera noche que Wen y Marta habían pasado allí, después del regreso de aquél. Una noche en que él atisbo vagamente las siluetas desde el jardín, a través de los visillos...

Pero no era momento para recuerdos.

Tendió a Wen en la cama. Le aplicó el oído sobre el pecho y comprobó que su corazón latía de modo muy irregular y débil. Apenas tenía pulso. Su respiración agitada y desigual estaba de acuerdo con ambos lamentables síntomas.

Marta había aparecido en el umbral de la puerta, con las manos todavía agarrotadas a la altura del corazón. Le temblaban las rodillas.

—¿Qué médico es el que está más cerca de aquí? —se atrevió a preguntar Curtis.

—El doctor Mayem. Tiene un consultorio de urgencia a cosa de media milla.

—¡La guía, pronto!

Thelma misma se la había traído ya. Curtis buscó febrilmente el nombre de Mayem y marcó el número en el teléfono que había sobre una de las mesillas de la habitación.

—Voy en un par de minutos —fue la respuesta del doctor Mayem.

Curtis colgó el teléfono y fue a recoger a Marta cuando ésta ya

iba a rodar sobre las baldosas.

Cargándola sin esfuerzo, como si fuera una pluma, la depositó en un dormitorio contiguo, comprobando que su pulso era también muy anormal. Pero evidentemente ofrecía muchísimo menos peligro que Wen, y podía esperar con tranquilidad la llegada del doctor Mayem.

Regresó al dormitorio del hombre y Id vio quieto, rígido, con una extraña expresión en sus facciones. Thelma, que estaba apoyada en una de las jambas de la puerta, lloraba silenciosamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—No sé. Se ha movido de repente, como si le acometiera un gran dolor, y luego...

Curtis le aplicó nuevamente el oído en el pecho, aunque ya lo consideraba inútil. Había visto en su vida el suficiente número de cadáveres para saber distinguirlos en el primer momento. Sin embargo, aquí aún le cabía una leve esperanza.

Esperanza que se disipó cuando levantó el rostro unos segundos más tarde.

—Está muerto...

## CAPÍTULO VI

En la gran casa adornada con crespones negros se escuchaban los pasos de sus moradores como si éstos fueran fantasmas que avanzasen a través de la niebla.

El doctor Mayem, que había certificado la defunción, dijo con un soplo de voz:

—Estoy seguro.

Marta, quieta en uno de los sillones, parecía una estatua de cera, más bonita, más delicada y más deseable que nunca. Sus ojos se elevaron hasta el rostro del doctor Mayem para decir:

—No crea que con esto ataco su dignidad profesional, doctor, pero quisiera comprobarlo.

—¿Quiere decir que aún se aferra a la posibilidad de que su marido esté vivo?

—Es terrible, doctor, pero él siempre dijo que lo enterraríamos cuando aún no hubiese muerto. Dijo que quedaría aparentemente muerto y que yo le sepultaría. Al principio, esas palabras podían tomarse por una broma de mal gusto, pero veo que se van cumpliendo letra a letra. De un modo misterioso y terrible. Wen Patrick sabía lo que le iba a suceder. ¡Y está sucediendo como él dijo! ¡Como él dijo!

Las últimas palabras de Marta habían sido casi un grito. Mayem le puso una mano en el hombro, intentando calmarla.

—Más bien lo que ocurre es que su marido tenía una obsesión —dijo lentamente—. Él fue quien cometió aquel error con Harold Wilson, ¿verdad?

—Sí.

—Esas cosas quedan grabadas a fuego en la vida de un médico. No se olvidan nunca y le persiguen a uno por todas partes como una obsesión. Su esposo imaginó que el Destino le castigaría de algún modo. ¿No mencionaba al Destino al decir eso?

—En efecto, así era.

—¿Lo ve? Era una obsesión como cualquier otra. Es posible que en su lugar yo la hubiera tenido también. Pero su marido Wen Patrick está muerto, desgraciadamente. ¿Quiere que alguien más corrobore el certificado de defunción?

—Sí, si no le molesta.

—¿Cómo va a molestarme, señora?

Mayem llamó a un prestigioso colega, además de al forense. El prestigioso colega llegó un par de horas después y examinó por encima a Wen.

—¿Qué es lo que quieren? —dijo un poco irritado—. Yo ya no puedo hacer nada por salvarlo.

Mayem se volvió hacia Marta.

—¿Lo ve, señora?

—Bueno, ¿por qué me han llamado? —siguió insistiendo el médico—. Esto es un cadáver.

—Quisiera —dijo Mayem— que usted tuviera la bondad de corroborar mi certificado de defunción.

—¿Y por qué no?

—¿Ya le han mirado el cristalino de los ojos? —saltó Marta—. ¿Se notan ya ahí los primeros síntomas de la descomposición?

—El cadáver está aún demasiado fresco —dijo crudamente el médico—. Ese proceso se iniciará más tarde.

—Pero vendrá un forense, ¿verdad?

—Por supuesto que sí; lo ordena la Ley.

El forense vino al anochecer. Era un tipejo pequeño, vestido de negro, con las facciones arrugadas y violáceas. Cualquiera hubiese dicho que aquel forense era tan amigo de sus muertos que uno de ellos le había sustituido en su trabajo para que él pudiera descansar.

Como es costumbre en los forenses, levantó uno de los párpados del cadáver para mirar el cristalino.

Marta, que no se había movido de allí en muchas horas, esperaba ansiosa, expectante, aquella operación.

El forense volvió a cerrar el párpado.

—Listos.

—¿Es que ya está turbio el cristalino? —preguntó Marta.

—Sí, señora. ¿Acaso esperaba otra cosa?

—No, no, claro...

Marta se frotaba los dedos angustiosamente. No dejaba de darse cuenta de que estaba sola con sus temores, con su angustiosa y horrible sospecha. Cualquier persona a la que dijese aquello, se reiría.

—¿Cuándo puedo efectuar el entierro? —musitó.

—Mañana al mediodía. Habrán transcurrido ya veinticuatro horas.

—¿Y... si quisiera aplazarlo?

El forense le miró con sorpresa.

—Señora, la muerte de un ser querido en plena juventud es siempre algo terrible, pero el sentido común aconseja no tener el cadáver en la casa durante demasiado tiempo. Yo siempre me encuentro con que la gente tiene interés en adelantar el entierro, y usted no. ¿Qué le ocurre?

—Nada... Sólo quisiera saber... Verá, deseo saber cuál es el tiempo máximo durante el que puede aplazarse el entierro.

—Cuarenta y ocho horas después del fallecimiento, a menos que el cuerpo haya sido embalsamado.

La palabra «embalsamado» pareció despertar en Marta un cúmulo de sugerencias.

—¿Podría hacerlo embalsamar? —preguntó.

—¿Y por qué no?

—¡Eso sería un crimen! —saltó Thelma de repente—. Imagina que tus sospechas fueran ciertas, imagina que no estuviera muerto...

—Entonces..., entonces resultaría que al hacerlo embalsamar..., lo mataría yo.

—¿Cargaría tu conciencia con ese crimen?

—No... Claro que no... Me sería imposible soportarlo. ¡Pero necesito estar segura! ¡Necesito saber que ha muerto de verdad antes de que lo sepulsen!

El forense las miró a las dos como si estuvieran ocas.

—Bueno, ¿de qué hablan? ¿Qué es lo que necesitan para saber si un hombre está muerto? ¿Que empiece a oler mal?

—Justo —susurró Marta.

Sabía que aquello, aunque desagradable y angustioso, no le dejaría ya ninguna duda.

—Como quiera —masculló el forense yendo hacia la puerta—,

pero recuerde que no puede aplazar el entierro más de cuarenta y ocho horas después de ocurrido el fallecimiento. Y ahora..., ¡que las dos tengan felices sueños!

Salió.

Marta, rotos los nervios, se puso en pie y salió también de la habitación, llorando silenciosamente.

Curtis estaba en uno de los salones, junto al gran mueble bar, con los brazos cruzados y un alto vaso de *whisky* en la mano derecha.

—Marta...

Ella se derrumbó en un sillón, llorando quietamente.

—No podré resistirlo... No podré...

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Los ojos de Marta escudaron el rostro pétreo y bronceado del hombre.

—Tú me mentiste al decir que no sabías nada de Wen, ¿verdad?

—Más o menos, sí.

—Pues bien, él estaba seguro de que el Destino le devolvería la moneda, de que él sufriría lo mismo que hizo sufrir a Harold. Yo no le creí, pero ahora... Ahora parece muerto. ¡Parece muerto y tal vez no lo esté!

—¿Qué han dicho los otros médicos?

—Al principio le ha confesado mis temores y se ha mostrado muy comprensivo, pero, naturalmente, sin creermelo. Los otros dos casi se han burlado de mí. Tú eres la única persona en quien puedo confiar ahora.

—¿Confiar para qué?

—Para que me digas si estoy loca.

Curtis sonrió con cansancio y bebió un sorbo de *whisky*, sin dejar de mirarla.

—No, no lo estás. Tu temor es muy razonable.

—Entonces...

—De todos modos hay cosas que son razonables para una persona, pero no para las otras —continuó—. Quiere decir que hay cosas que pueden estar en nuestro cráneo, pero no en el Universo. Aun siendo lógicos tus temores es natural que nadie los crea, porque no corresponder a la realidad.

—¿Tú crees...?

Desgraciadamente, Wen está muerto.

—¿Qué debo hacer entonces? ¿Darle sepultura y vivir siempre con esa pesadilla clavada en el alma?

—La pesadilla se irá con el tiempo. No tiene razón de ser.

—Pero..., ¡pero hay mil detalles! Por ejemplo, ese *whisky* que tú bebes, el

«Black & White»,

era el favorito de Wen. Cuando él salió de la cárcel le tenía preparadas varias botellas. ¡Nunca más podré mirarlas sin pensar que él va a volver una noche... que va a volver una noche para vaciarlas!

—Eso es cómico —rió Curtis—. Perdona, pero sería una excelente propaganda para los fabricantes. «Hasta los muertos salen de sus tumbas para echar un trago». ¿Por qué piensas esas tonterías?

—Tú también crees que lo son, ¿verdad?

—Lo que ocurre es que estás desolada. Ahora sería un alivio para ti que alguien creyera tus temores, pero a la larga eso sólo serviría para hacerte mucho más daño. No tienes más remedio que sumergirte en la realidad, darte cuenta de que Wen está muerto y tomar las disposiciones necesarias para su entierro.

—¿Sin ninguna precaución?

—¿Qué más precauciones puedes tomar? Lo han visto dos médicos y un forense.

—Pero los dos últimos lo han mirado muy por encima, es decir, convencidos ya de que estaba muerto. Han aceptado el hecho antes de fijarse bien en él. ¿Crees que eso es garantía suficiente?

—Por supuesto que sí. Pasan siglos sin que se entierre una persona viva. En realidad, el caso de Harold Walson levantó tanta polvareda por lo excepcional que fue. Y, entre nosotros, reconozcamos, además, que Wen no era ningún gran médico.

—Eso, desgraciadamente..., es cierto. Le costó mucho terminar la carrera, y luego los clientes no estaban muy satisfechos de él. ¿Para qué vamos a engañarnos en una cosa así?

—Wen se equivocó, aunque repito que esa equivocación es excepcionalmente rara. En cambio, tú has llamado a tres médicos, y uno de ellos una auténtica eminencia.

—Pero ése ha sido el que menos interés ha puesto.

—No hace falta pasarse horas para diagnosticar un fallecimiento. El golpe de vista basta.

Marta se retorció las manos nerviosa, desesperadamente.

—Entonces..., ¿qué debo hacer?

—Hay un remedio seguro, aunque desagradable. Retrasa hasta el máximo la ceremonia del entierro. Para entonces, ya se habrá producido un hecho que no engaña: el hedor.

Terminó su *whisky* y continuó:

—El hedor es la tarjeta de presentación de la muerte. Disipa todas las dudas, no engaña a nadie. Ya sé que es mucho pedir que tú sufras esa prueba, que podrías perfectamente evitarte, pero así quedarás absolutamente tranquila cuando se lleven a Wen.

Marta bajó los ojos.

—Tienes razón. Lo haré...

—Yo mismo hablaré con los de Pompas Fúnebres. No quisiera que tuvieses que cargar con ello.

—Gracias...

Aquella noche interminable la pasaron Marta y Thelma junto al cadáver, turnándose. De una manera tácita, sin palabras, las dos mujeres habían resuelto dejar sus diferencias para cuando todo aquello pasara, para cuando se hubiesen llevado el cuerpo de Wen. Marta no había pedido aún ninguna explicación, ni Thelma se la había dado. A ambas les parecía ridículo enzarzarse en una disputa por celos a causa de un hombre que no existía ya, y cuyo cuerpo, sólo su cuerpo, aún se encontraba en la casa.

Pasaron, pues, la noche entera. A ratos estaba Marta sola con el cadáver, y a ratos estaba Thelma. Ninguna de las dos parecía sentir miedo, a pesar de que ambas conocían lo que había dicho Wen.

Por fin, a primeras horas de la mañana, llegó el signo que Marta esperaba con angustia y con esperanza a un tiempo.

Un levísimo hedor empezó a flotar en el aire de la habitación, haciéndose más notable a medida que las horas avanzaban.

Marta fue al salón donde se encontraba Curtis, quien aún no se había movido de allí. Parecía una estatua con su expresión hermética, sus ojos entrecerrados y su vaso de «Black & White»

descansando en la mano derecha.

—Curtis...

—¿Qué ocurre, Marta?

—Lo que tú decías ha ocurrido ya.

—Comprendo. Vamos.

Entró en la habitación. Curtis había tenido que oler muchos cadáveres, por desgracia suya, durante las matanzas raciales en África del Sur. El leve hedor que flotaba en la habitación no ofrecía ya dudas.

—Efectuaremos el entierro en seguida —musitó—. Y no pienses más en ello, Marta.

El cuerpo de Wen Patrick fue depositado en el interior de un panteón que Marta había comprado para él, en el cementerio de New Jersey.

Fueron pocos los que asistieron a la ceremonia; un grupo selecto de amistades y parientes lejanos que habían acudido aquella mañana al cementerio y estaban quietos bajo la fina lluvia, mirando el ataúd del hombre que ya no saldría más de allí.

¿Nunca más?

El encargado de aquel sector del cementerio entregó las llaves del panteón a Marta.

—Tome, señora. Consérvelas bien. Recuerde, de todos modos, que nosotros tenemos un duplicado en la administración del cementerio.

—¿Es... fuerte la cerradura?

—La mejor que había, señora, como usted encargó. —¿No puede abrirse desde fuera... ni desde dentro? El hombre la contempló como si estuviera viendo a una alucinada.

—Claro que no, señora.

Marta, sin decir una palabra más, tomó las llaves y las guardó en su bolso cuidadosamente.

## CAPÍTULO VII

El barman se preparó para sí mismo un *whisky* doble, mientras atendía cachazudamente al único cliente que a aquella hora había en el *snack-bar*.

—Pues, sí, amigo, en usted tengo confianza porque lleva muchos años viniendo aquí. Y entre nosotros..., le gusta la viudita, ¿eh?

Marta acababa de pasar conduciendo a poca velocidad su «Jaguar» deportivo, llevando unas ropas negras, pero juveniles, que aún destacaban más la exuberancia de sus líneas. Lo mismo el barman que el cliente sabían perfectamente bien quién era «la viudita».

—Pues, sí, me gusta. Me gusta a rabiar, diablos.

—Y a mí. Y a todo el mundo.

—¿No la ronda ningún moscardón, sabiendo que ahora ya está libre?

El barman se atizó de golpe la mitad del vaso.

—Pues, sí, claro que sí. Había uno que la seguía cuando ella no era viuda aún. Un tipo extraño, llamado Curtis, quien me explicó que había estado en Sudáfrica. Por lo visto la conocía, pero no se acercó a ella hasta que un día la mujercita estuvo a punto de atropellarle por casualidad. Ya le digo que era un tipo extraño. Luego estuvieron bastante tiempo en la casa, cuando el señor Wen murió. El tío lo tenía la mar de fácil, créalo. La viudita parecía confiar bastante en él, y de eso a los tanteos amorosos hay sólo dos pasos. Ya estaba yo maldiciendo al fulano (porque a mí me dan rabia los tíos que tienen demasiada suerte), cuando el tal Curtis... ¡desapareció!

Hizo un gesto como el que dispara con dos dedos una miga de pan.

—Desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Justo cuando podía empezar a aprovechar las ocasiones, el tío se esfuma.

Crea que no lo entiendo.

—¿Y la viudita?

—Ya lo ha visto. Lleva una vida muy retirada. Sale de compras con el coche y luego permanece sola en la casa todo el día.

—¿Sola en esa casa tan enorme? ¿Y no tiene miedo?

—¿Miedo de qué?

—Hombre..., ¡de mil cosas! Es rica y está sola. Cualquiera podría darle un susto.

—No creo que ella tema a los ladrones. Sin embargo, está atormentada por algo, de eso no hay duda. Yo cierro el bar muy tarde, y cuando me retiro aún hay luz en sus ventanas. A veces veo su silueta que pasea de un lado a otro, abriendo y cerrando puertas.

—¿Pero no había vivido últimamente con ella una hermanastra suya?

—Sí, se llamaba Thelma. Un monumento, créame. A veces pasaba por aquí llevando un descapotable gris y con la falda hasta medio muslo. Si yo llevaba una botella en las manos, automáticamente se me caía a tierra. Pero parece que tuvieron una discusión y Thelma se largó. Desde entonces, creo que hasta los precios de estos terrenos han bajado. El día que se largue la viudita, los regalarán.

Marta, mientras tanto, rodaba por Manhattan, bien ajena a ser el tema de conversación de tantos hombres distintos.

Adquirió diversas cosas para ella y para la casa, tomó un ligero refrigerio en un *snack-bar* y, a primera hora de la tarde, regresó al chalet.

Desde allí, desde las amplias terrazas, se divisaba una maravillosa perspectiva del río, con los rascacielos de Manhattan al fondo. Pero Marta, con los ojos entornados, ni siquiera la miró.

Algo le punzaba en el cráneo, algo le quemaba los ojos durante todas las horas del día y, sobre todo, durante todas las horas de la noche. Ella sabía lo que era: Miedo.

Pero a nadie podía confesarlo. Sabía que si hablaba con alguien de aquellos temores que la atormentaban, se reirían de ella.

La asistenta que estaba allí todos los días, vigilando a las mujeres encargadas de la limpieza, vino a saludarla.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Loretta. ¿Ha pensado en lo que le dije de

quedarse aquí también por las noches?

—Sí, señora. Podré quedarme ya a partir de pasado mañana. Mi hijo ingresa en la Marina y ya no me necesitará. Únicamente tendrá que pasar dos noches más, sola aquí. Pero si quiere que busque a alguien...

—No, gracias. Tendría que ser una persona de absoluta confianza, como por ejemplo, usted. Nada arreglaríamos con una desconocida.

—Comprendo, señora.

—Loretta...

—Dígame, señora.

—¿Sabe usted cuándo tardan... en desaparecer los cadáveres?

—¿Cómo dice, señora?

—Quiero decir... si sabe cuánto tarda un cuerpo en desaparecer por completo.

—Pues..., depende de los climas, imagino. Yo siempre he oído decir eso. En climas secos, como por ejemplo algunas regiones de Méjico, los cuerpos duran más de un siglo tal y como se les enterró. Pero en un clima húmedo, como el de Nueva York, no creo que su desaparición tarde mucho.

Vio que Marta tenía los ojos cerrados y que temblaban sus manos.

—No piense más en eso, señora... ¿No comprende que es atormentarse inútilmente? Ni su marido va a volver a la vida ni usted logrará nada. No piense más en ello.

—No, claro que no. Tiene razón.

—¿Quiere que le prepare una taza de café? Supongo que ha comido fuera.

—Sí, gracias.

Marta regresó al salón, donde tomó pensativamente la taza de café. Empezaba a disipar un poco sus pesadillas, cuando la asistente vino con una factura.

—La he pagado esta mañana.

—Está bien; guárdela.

Cuando la asistente iba a retirarse, Marta dirigió a la factura una mirada distraída.

—¿Pero, qué es esto?

—Una caja de *whisky*, señora. La han traído esta mañana junto

con la factura, y la he pagado.

—¿«Black & White»?

—Sí, señora. La marca que ustedes han gastado siempre.

—Pero yo no he hecho ningún encargo...

—¿No?

—Seguro que no...

—Entonces es posible que se trate de algún error. Telefonaré. Si hay que devolver la caja, aún no ha sido abierta.

—Deje. Llamaré yo.

A Marta le temblaban los dedos cuando marcó el número de la casa distribuidora.

Un encargado la atendió muy amablemente y tomó nota de los datos de la remesa, que constataba en la factura.

—Un momento, señora. En seguida le diré cómo y cuándo se hizo el encargo de esa caja.

Marta aguardó con los nervios en tensión, temblándole el auricular en la mano.

Tres minutos después, el mismo encargado la informó.

—La caja de *whisky* fue encargada telefónicamente por un caballero, ayer a las cinco de la tarde.

—¿Un caballero? ¿Dio su nombre?

—Naturalmente, señora. Se trataba de su propio esposo de usted. El señor Wen Patrick.

## CAPÍTULO VIII

La exseñora Walson y exseñora Tipper cruzó las piernas con desenvoltura, mostrando buena extensión de las mismas que aún hubieran hecho brillar las miradas de muchos hombres.

—¡Pero, por Dios, chiquilla! —dijo mirando a Marta—. ¿Para eso ha venido a verme? ¿Para preguntarme si había notado algo extraño en su marido antes de que él muriese? ¡Bonita tontería! ¿Y eso qué le importa ahora? ¿No es usted viuda ya?

—Sí, pero...

—Mire, yo empecé a vivir cuando quedé viuda. ¡Oh, la vida junto al pobre Harold fue como un perpetuo velatorio! Y pensar que si no llega a ser por Wen no me libro de él hasta al cabo de treinta años... Pero los hombres considerados en general son un asco, no crea. Y si no fíjese en mí, Apenas pude me casé con Tipper, que había sido el único amor de mi vida. Pasamos una temporada deliciosa, porque los dos éramos muy apasionados, pero en seguida Tipper empezó a ponerse tonto y a pedirme más dinero, de modo que decidí divorciarme de él. ¡Oh, no sabe usted lo cómodo que resulta estar libre otra vez, querida! A mis treinta y siete años aún me rodean muchos hombres que apenas han cumplido los veinticinco, y yo puedo elegir. Es posible que un día me decida por alguno, y entonces ya la invitaré a la boda, querida...

Marta tuvo que apretar los labios para no decir lo que pensaba de aquella mujer. Sentía por ella una infinita pena, y al mismo tiempo un infinito desprecio.

—Pero en realidad yo he venido a preguntarle una cosa... —susurró.

—¡Ah, sí! Si yo había notado en su pobre Wen Patrick algo raro cuando empezó a visitarme, una vez licenciado de presidio... Pues, sí, noté algo raro. Fue el único hombre, entre los muchos que vienen aquí, que no se fijó en mis piernas. Las tengo bonitas, ¿eh?

—¿Yo qué quiere que le diga?

—Bueno, claro, usted no entiende. Pero los hombres dicen que las tengo de cam-peo-na-to, porque además, sé elegir las medias bien. Pues, lo raro de su pobre marido fue que no se fijaba en ninguna de esas cosas. Sólo hablaba de Harold y de los motivos de su muerte. Repasaba sus papeles, sus cartas, el armario de sus objetos personales... Yo le dejaba hacer porque, en el fondo, le estaba agradecida. Pero me daba pena, porque él estaba obsesionado. La suya era una pesadilla que no le dejaba vivir, que le mataba poco a poco. Créame, en el fondo ha sido una suerte que el corazón le fallara. Su esposo hubiera terminado en un manicomio.

—Es que él pensaba..., él pensaba que los que están más allá de la barrera de la muerte, pueden volver.

—¿Pero, qué dice? ¡Vaya tontería!

—Usted no cree... ¿No cree que entre Wen y Harold, que en cierto modo fue su víctima, pudo haber alguna relación después de que Harold Walson hubo muerto?

La mujer lanzó una carcajada, mientras cruzaba y descruzaba las piernas. El espectáculo hubiera resultado atractivo, casi obsesionante, para cualquier hombre, pero Marta no se fijó en él.

—Veo que está usted tan loca como su marido.

—Tal vez, es que hay ocasiones en que no puedo sustraerme a pensamientos muy extraños. ¿A qué se dedicaba Harold?

—Era químico.

—Químico... Eso no significa nada.

—Claro que no. Si hubiera sido brujo, o echador de cartas, o algo así, aún sería natural que usted pensara que podía tener algún influjo después de su muerte. Pero no, querida. ¡Claro que no! Era un vulgar químico aburrido como una ostra, ahorrador hasta el céntimo, muy amante de su dinero y muy marmota con su bonita mujer. ¿Qué quiere saber más?

Marta se puso en pie lentamente.

—Nada más, gracias. Ha sido usted muy amable al recibirme.

—Venga siempre que quiera. Cuando no tengo hombres a mano, me aburro. Y líbrese de esas peladillas, créame. Ahora puede usted empezar a vivir. Es libre, rica, joven y bonita...

Marta no la oyó siquiera.

Sólo oía las palabras que resonaban dentro de su cráneo, su propia voz interior. ¿Qué clase de mundo tenebroso era aquél? ¿Qué relación pudo existir entre Harold Walson y Wen Patrick, los dos hombres que estaban muertos ahora?

La asistente estaba mirando desde la terraza la maravillosa perspectiva del río y de Manhattan, al fondo. Se sobresaltó casi al oír llegar a Marta.

—Buenas tardes, señora. Es seguro que mañana ya me quedaré a dormir. Se adelanta un día la partida de mi hijo, ¿sabe?

—Me hará un gran favor.

—La estaba esperando por si quiere que terminemos alguna cosa más de la casa. Una de las mujeres de limpieza espera aún por si usted ordena algo.

—Nada, gracias.

De repente, Marta pareció reflexionar.

—Mire, he decidido una cosa —dijo—. Como soy una mujer muy impresionable, cuantos menos recuerdos tenga aquí de mi marido, mucho mejor. Voy a regalar todos sus trajes.

—Buena idea, señora. Si me permite decirlo, mi hijo tiene las mismas medidas que tenía el difunto señor Wen.

—Entonces, elija usted misma tres trajes. No sé si en la Marina va a necesitarlos, pero le serán útiles cuando vuelva.

—Gracias, señora.

Fueron al vestuario anexo a lo que había sido alcoba matrimonial. Consistía en una gran habitación llena de armarios empotrados y espejos. Los armarios se abrían moviendo un pequeño resorte.

Marta lo manejó, y las grandes puertas corrieron dejando al descubierto una hilera donde al menos había veinte trajes masculinos.

La viuda ni los miró.

—Elija usted tres, y de dos más para el marido de la mujer de hacer faenas que espera abajo. Los restantes los entregaré a la beneficencia pública; allí harán buena falta.

—¡Oh, gracias, señora!

La asistente miró con ojos encandilados todo aquel surtido. Los trajes estaban tan nuevos y bien alineados como en el escaparate de una sastrería. Su calidad era extraordinaria.

—Me quedaré dos claros, porque mi hijo es muy joven —susurró —, y uno oscuro, más serio, para cuando se presente en casa de su novia. Por ejemplo, este oscuro es estupendo.

Lo descolgó.

E inmediatamente, sus facciones se crisparon, mientras el traje caía de sus manos lentamente.

Marta corrió hacia ella.

—¿Qué sucede?

La asistenta apenas podía hablar. Las rodillas le temblaban, y entrechocaban sus dientes.

—Dios mío... —Sólo pudo decir—. Dios mío...

—Pero ¿qué ocurre?

—Ese traje...

Marta lo miró, y sus facciones quedaron espantosamente blancas.

¡Porque aquel traje era el mismo que Wen llevaba cuando recibió sepultura! ¡*El mismo!*

## CAPÍTULO IX

El teléfono temblaba en las manos de Marta. La voz, al otro lado del cable, parecía llegar desde muy lejos, desde infinitamente lejos...

—¿Pero estas segura de lo que dices?

—Estoy segura, pero no soy *yo* sola, la asistenta, que también vio el cadáver, lo reconoció al primer golpe de vista. Por otra parte, el traje parecía tener un oler inconfundible, y que no quiero recordar siquiera. Pero, además, no es sólo eso.

—¿Aún hay más cosas?

La voz de Curtis sonaba alterada al otro lado del hilo, aun cuando Curtis tenía fama de ser de esos tipos que no se inmutaban nunca.

—Sí, faltaba un traje.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo comprendes? Dios mío, yo misma tengo la sensación de estar loca al decir eso, pero lo he visto con mis propios ojos... ¡Eso significa que Wen se cambió de traje! ¡Que estuvo en la casa, dejó unas ropas y se llevó otras!

—¡Marta, eso es imposible!

—¡Es imposible, pero *ha sucedido*!

Se oyó con toda claridad el rechinar de los dientes de Curtis al otro lado del cable.

—¿Habías contado los trajes bien?

—Los ordené muchas veces mientras Wen estaba en la cárcel. Los conozco de memoria.

—¿Y cuál es el que falta?

—Uno gris, con puntitos, llamado «de ojo de perdiz», ya un poco pasado de moda.

—Pues no lo entiendo. Es un traje que llamaría la atención en cualquier sitio... De todos modos, en seguida estaré contigo, Marta.

Tenía trabajo en las oficinas de una compañía minera, en Queens, pero voy a pedir dos días de permiso. Esta misma tarde llego.

—Te lo suplico, no faltes.

—Me tendrás ahí dentro de un par de horas.

Marta dijo con desmayo:

—Gracias. Pero sobre todo ven antes de la noche.

Y colgó lentamente.

## CAPÍTULO X

Todas las luces de la casa estaban encendidas.

Cualquiera que hubiera visto desde fuera el hermoso chalet habría pensado que en él se celebraba una fiesta por todo lo alto, una cogerza de ésas en que no se escatiman gastos. Casi, casi, una orgía. Y habría acertado en parte, porque allí estaba a punto de celebrarse una orgía..., pero de horror.

Marta ya casi no podía resistir más la insoportable tensión de sus nervios. Durante horas y horas había estado mirando el solemne reloj carillón del comedor, cuyo sonido lento y monótono había ido horadando su cerebro como la gota de agua horada la piedra.

—Loretta...

La asistenta penetró en el gran *living* contiguo al comedor. Sus facciones estaban mortalmente pálidas.

—Loretta, tienes que hacerme un favor. A veces, yo misma creo que he perdido la noción del tiempo. ¿Cuántas horas hace que me ha llamado el señor Curtis?

—Seis o siete horas, imagino.

—El me ha dicho lo que tardaría en llegar, y yo te lo he dicho a ti. ¿Cuánto era?

—Dos horas, si no recuerdo mal.

—Exacto. Dos horas, y ya han pasado siete... ¿Qué ha podido ocurrir? La noche ha caído y estamos solas...

—Señora, ¿por qué no avisamos a la policía?

—¿Y qué es lo que hemos de decir? ¿Que nos han robado un traje?

—Usted sabe bien que no es exactamente eso, señora.

Marta suspiró con cansancio.

—No me creerían. Desde luego que no iban a creerme. Pensarían que soy una visionaria, o algo así. Dirían que cómo es que estoy tan segura de lo de los trajes, que cuántas veces los había contado. No,

Loretta no adelantábamos nada. Yo creo que el señor Curtis nos dará alguna solución.

—De acuerdo, pero el señor Curtis no viene.

En aquel momento sonó el teléfono. Marta descolgó el auricular con expresión ansiosa.

—Diga...

—La llamamos desde el Hospital Bellevue, señora.

—¿Qué ocurre?

El estremecimiento de Marta se convirtió en un espasmo, porque ella sabía que en el Bellevue está el más importante depósito de cadáveres de Nueva York.

—Nos ruega que la llamemos un hombre llamado Curtis. Ha sufrido un accidente de automóvil cuando atravesaba el puente de Queensboro.

—¿Grave?

—No lo parece, pero por ahora es imposible decirlo. Acaba de reponerse de los efectos de un «*shock*». Nos ha regado le digamos que le será imposible acudir a la cita que tenían concertada.

—Lo comprendo. ¿Necesita algo el señor Curtis?

—No, de ningún modo. Está bien atendido.

—Transmítale mis mejores saludos y deséele un pronto restablecimiento.

—Así lo haremos, señora.

Marta colgó el auricular con las facciones levemente crispadas.

—El señor Curtis no vendrá.

—¿Como sabe que es verdad, señora? —preguntó Loretta.

—¿Verdad qué...?

—Que el señor Curtis ha sufrido un accidente. Es posible que no haya querido venir por alguna otra causa. Incluso usted no sabe si efectivamente la han llamado desde el Hospital Bellevue.

—Loretta..., ¿qué barbaridades estás pensando?

—Que todo esto es muy raro, y que en realidad, usted sabe tanto del señor Curtis como yo.

—Eso es una tontería. Curtis y yo jugamos juntos de niños. Su padre y el mío eran excelentes amigos, y a veces se prestaron grandes cantidades de dinero sin documento alguno. Incluso creo que Curtis estaba enamorado de mí cuando me casé con Wen. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar eso?

—Ya no sé qué es lo que se me ocurre pensar, señora. Pasan cosas que están más allá del mundo de nuestros sentidos, y por eso es lógico que sospeche de todo el mundo.

—Para disipar tus recelos, ahora mismo voy a llamar al hospital Bellevue. Allí me confirmarán lo del accidente.

Marta fue a descolgar el auricular nuevamente, pero en ese momento sonó el timbre de la puerta exterior. Las dos mujeres se miraron esperanzadas. Cualquiera que llegase a aquellas horas preguntándose claramente, sólo podía significar una ayuda.

—Ve a abrir, Loretta.

Loretta obedeció, para regresar con aspecto abatido cuatro minutos después.

—El señor Millastre, oficial retirado de una notaría. Pregunta si podría hablar con usted para un asunto de su difunto padre.

—¿Para un asunto de mi difunto padre? ¡Dios mío, pues sí que debe hacer años de eso! ¿Y se descuelga ahora? ¿Es urgente?

—Parece que no, señora. El señor Millastre dice que está retirado y que tiene todo el tiempo que usted necesite.

—En ese caso ruégale que vuelva otro momento, si no le importa. No podría ponerme ahora a hablar de viejos asuntos. Y dile que gracias por su interés.

Loretta volvió muy poco después.

—Ya se ha ido. ¿Qué le ocurre, señora? ¿Es que va a salir?

Preguntó esto al ver que Marta se había vestido un tres cuartos de piel de ante.

—Vamos a salir las dos. Loretta. Esta tensión es insoportable. ¿Vas a poder pasar la noche aquí?

—Sí, señora.

—Daremos una vuelta. Creo que a las dos nos conviene cenar algo en un bar de Broadway, y luego volveremos a casa. ¿Qué ganamos con encerrarnos aquí?

Momentos después sacaban del garaje un coche severo, un «Pontiac» negro, y se ponían a rodar a poca velocidad hacia el centro.

No hacía ni tres minutos que rodaban cuando cerca de la casa sucedieron dos cosas.

De una zona de sombras situada en la amplia avenida, señorial y silenciosa, se despegó otro coche, en seguimiento del de Marta. Éste

era un «De Soto» azul oscuro, con toda la parte derecha del motor abollada, y el limpiaparabrisas roto. Cualquiera se hubiese podido dar cuenta de que aquel coche había sufrido un accidente poco antes, aunque la excepcional calidad del motor y la suspensión, permitían que el coche rodara aún a velocidades moderadas.

Eso fue lo primero que sucedió.

Lo segundo consistió en la llegada de una furgoneta negra, alargada, en cuyos costados podía leerse: «Freemont Ink». Era, en resumen, la camioneta de reparto de una casa fabricante o distribuidora de tintas.

La camioneta maniobró hábilmente ante la casa, situándose de espaldas al garaje. Una sombra bajó de ella, se acercó a la puerta de dicho garaje y la abrió con una llave, sin ninguna clase de dificultades. Luego volvió a subir y la camioneta entró suavemente, situándose en la zona más sombría del garaje, que era enorme. Como Marta tenía su descapotable americano en el engrase y repaso general, la furgoneta encontró sin dificultades un hueco. Allí, gracias a su color oscuro, quedó medio invisible, mientras la sombra volvía a bajar.

Pero mientras tanto, Marta y Loretta atravesaban ya el Hudson, rodando siempre a poca velocidad.

El «De Soto» iba tras ellas.

A aquella hora el tráfico era ya poco intenso, pues, paradójicamente, Nueva York es una ciudad tranquila dos horas después de que las oficinas hayan cerrado. Con los ojos perdidos en la lejanía, Marta conducía hacia Broadway. No miró el retrovisor ni por un solo momento, ya que no se vio precisada a hacer maniobras ni la conducción le ofreció dificultades. Pero al enfilar precisamente el extremo norte de Broadway Avenue, la detuvo una luz de tráfico.

Fue entonces cuando el «De Soto» se situó a su altura.

Delante iba un chófer uniformado, un tipo serio, impassible, de esos que tienen cara de piedra. En la parte de atrás, muy oscura, iba alguien del que sólo se veía a través de la ventanilla la mano izquierda, sosteniendo un cigarrillo.

Naturalmente, se veía también la manga del traje.

Era un traje de los llamados «de ojo de perdiz», ya algo pasado de moda y que probablemente hubiera llamado la atención, por lo insólito, en cualquier sitio elegante.

Marta lo vio.

—¿Qué le ocurre?

La voz de Loretta había sonado alterada. Veía las manos de Marta crispadas sobre el volante.

—Ese brazo.

—¿Qué brazo?

Loretta volvió la cabeza y lo vio también.

La mano izquierda del hombre sentado en la parte posterior del «De Soto» descansaba suavemente, con el cigarrillo a medio consumir.

—Es el mismo traje...

—¿Estás segura?

—Yo lo he ordenado bastantes veces, señora.

—Hay millones de trajes iguales —quiso animarse Marta.

—Pero sería demasiada casualidad.

—Espera. Retrocederé un poco. Quizá logre ver la cara de...

Marta fue a introducir la marcha atrás, pero en aquel momento cambiaron la luz. El «De Soto» arrancó veloz y suavemente, dejándoles atrás y desviándose a la derecha, a la salida del puente.

—Era... ¡Era el mismo traje! —musitó Marta, mientras sus manos seguían agarrotadas, una sobre el volante y otra sobre el cambio de marchas.

—Pero yo me he fijado en otra cosa —dijo Loretta.

—¿En qué?

—Ese coche podía funcionar normalmente, pero acababa de sufrir un buen porrazo.

—¿Y qué?

Loretta suspiró:

—¿No acaba de tener también un accidente el coche del señor Curtis?

Los emparedados tenían sabor a cartón. La fruta tenía un color mortecino. Ni el excelente vino claro, traído especialmente de las bodegas de Monterrey fue probado por las dos mujeres.

Loretta dijo con un soplo de voz:

—Más vale que avisemos a la policía, señora.

—¡Si al menos hubiésemos tomado la matrícula del coche!

—Eso no importa. Algo podrán hacer.

—Sí. Reírse de nosotras.

—¿Por qué no pide la., la exhumación del cuerpo del señor Wen?

Marta cerró un momento los ojos, mientras una nube negra parecía flotar por delante de sus párpados.

—Eso sería demasiado horrible.

—Pero quizá ha llegado el momento de pensar que es necesario.

—No se autoriza una exhumación sin causas muy graves que lo justifiquen, Loretta. Causas gravísimas, diría yo. ¿Cómo quieres que pida al juez una cosa así, basándome en simples sospechas?

—Tendrá que hacerlo.

La voz de Loretta había llegado a convertirse en algo terco, machacón, obsesionante.

Marta no pudo resistirlo.

—Volvamos —susurró—. ¿Le importa?

—¿Volver a casa?

—¿Adonde si no?

—Yo he pensado que podríamos dormir en un hotel.

Marta alzó levemente el rostro, y fue entonces cuando se vio que era una auténtica aristócrata, una mujer acostumbrada a dominarse y también a triunfar.

—Mi padre siempre decía que en los momentos difíciles es cuando se demuestra el temple —susurró—. Mi padre padecía del corazón, como yo, y murió inesperadamente de una crisis cardíaca, pero era un hombre entero, un hombre completo, un hombre de otra época. Jamás le vi amilanarse ante nada. Si una cosa le resultaba incomprensible, iba en línea recta hacia ella, hasta que la entendía. Yo debo hacer lo mismo, Loretta. Aquélla es mi casa y allí debo estar suceda lo que suceda. Si algún misterio flota en torno mío, debo resolverlo en mi casa, no en un hotel.

Loretta asintió silenciosamente.

—Usted tiene razón, pero yo tengo otra cosa muy distinta: Miedo.

—En el supuesto de que aquel traje fuera el del... el del difunto señor Wen, ya ha visto que podemos encontrárnoslo en cualquier sitio, incluso en plena calle. Mi casa puede inspirar miedo, pero ¿no lo inspiran mucho más esos pasillos interminables de los hoteles, llenos de puertas tras cada una de las cuales hay un desconocido?

No, de ningún modo. Me sentiré mucho más segura en casa.

—Vamos, entonces.

Regresaron.

Ahora aún había menos tráfico, y se podía rodar cómodamente en dirección a las afueras. Loretta se maravilló de la calma con que Marta conducía su «Pontiac» de una forma segura y precisa. Pero ella sabía, porque llevaba años junto a Marta, que esa calma aparente sólo proviene de la tensión, y que en los enfermos cardíacos suele ser el preludio de una crisis.

Deseó con toda su alma que en la casa no ocurriera nada.

Las luces estaban encendidas, tal y como ellas las dejaron. Daba la sensación, desde fuera, de que allí seguía celebrándose una cogerza monumental, con vino y mujeres, o con vino y hombres, según cómo se mirase.

Pero a Loretta seguía sobrecogiéndola el miedo.

—No sé si debemos entrar.

—Haga una cosa —suspiró Marta—; aquí tiene las llaves del garaje. Como usted sabe también conducir, entre el coche. Yo miraré mientras tanto si todo sigue en orden en la casa.

—¿Sola?

—El miedo es una tontería, Loretta.

Descendió ante la casa y subió los peldaños que llevaban a la puerta principal.

Cuando iba a introducir la llave en la cerradura, de uno de los costados más oscuros de la fachada se despegó una sombra.

—Soy Millastre, señora.

Marta, cuyo corazón había sufrido una sacudida, miró las ropas severas del hombre, ya un poco ajadas, y las gruesas bolsas que se formaban debajo de sus ojos.

—Ah, ya recuerdo... No le he recibido porque usted ha dicho que no era urgente.

—Sí, pero he estado pensando.

—¿Qué ocurre?

—Usted es la señora Marta, viuda de Wen Patrick por supuesto.

—Sí, lo soy.

—Se trata de algo relacionado con su señor padre.

A Marta le dolía el corazón. Sentía unos deseos irrefrenables de

tumbarse en cualquier sitio y respirar ansiosamente, porque le faltaba el aire. Se daba cuenta de que la tensión nerviosa, fingiendo un valor y una serenidad que no tenía, estaba a punto de producirle una crisis. ¡Y ahora se presentaba allí aquel hombre para hablarle de su padre, muerto tantos años antes!

—¿Es necesario que tratemos de eso ahora? —susurró.

—No, la verdad es que no corre prisa.

—Entonces...

—Es que se trata de un problema de conciencia. Cuanto antes lo resuelva, mucho mejor.

—¿Y ese problema de conciencia tiene algo que ver conmigo?

—Mucho, señora.

—Es que Sueno, ahora resulta un momento inadecuado. Pero en fin... ¿quiere pasar?

—Con mucho gusto, señora.

Marta abrió del todo la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar al anciano.

Pero él no llegó a atravesar el umbral.

Porque en aquel momento, un grito agónico, inhumano, lacerante, atravesó la noche.

Un grito que procedía del garaje, donde minutos antes había entrado Loretta con el coche.

Marta sintió que su corazón galopaba como un caballo desbocado, sintió que le faltaba la respiración y que algo como un regusto de sangre le llegaba a la boca.

Pero, dominándose, haciendo un titánico esfuerzo de voluntad, corrió hacia allí con todas sus fuerzas.

## CAPÍTULO XI

Un par de minutos antes, Loretta había abierto la puerta del garaje, volviendo a introducirse en el coche para dar marcha atrás y penetrar en el garaje.

Aunque no era una experta conductora, había llevado a veces el automóvil de su difunto esposo y sabía hacer aquella maniobra. De modo que cuadró el coche, cerró el contacto, salió de la cabina y cerró la puerta del garaje, cuidadosamente.

Fue entonces, al volverse, cuando vio aquella cosa que no comprendía.

El garaje tenía dos puertas, una correspondiente a la parte anterior y otra a la posterior de la casa. Pues bien, la segunda puerta, la posterior, estaba abierta.

No era eso solo.

Había un bulto brillante y extraño situado junto a aquella puerta, una especie de furgoneta azul o negra, en la que había unas letras, y que desde luego no era propiedad de Marta.

Loretta sintió que el corazón le daba un vuelco, pero lo único que se le ocurrió pensar fue que aquello tenía relación con algún robo. Unos ladrones que se pasaban de valientes descargando muebles por la parte posterior de la casa. De modo que se acercó a la furgoneta decididamente.

Una luz lejana daba solamente sobre la última palabra de las letras. Pudo leer la palabra «Ink».

No se veía a nadie.

Loretta vio brillar los cristales de la cabina, la suave curva del volante y sintió que la respiración empezaba a faltarle.

En la cabina no había nadie, pero puestos sobre el volante se veían unos guantes de hombre.

Unos guantes que Loretta creyó reconocer.

Por pura inercia, sólo porque sus músculos la llevaron hasta la

parte posterior de la furgoneta. Abrió la puerta y entonces fue cuando lanzó aquel grito inhumano, terrible, angustioso, que hizo estremecer las capas de la noche.

El horror, el horror en que no había querido creer, que estaba más allá de lo humano, más allá de la vida y de la muerte, saltó sobre ella de una forma brutal, ciega, implacable...

Loretta no llegó a lanzar el segundo grito.

A pesar de que sus rodillas vacilaban, y a pesar de saber que su corazón iba a fallarle dentro del pecho, Marta corrió en dirección del garaje, donde acababa de sonar el grito.

Millastre la siguió torpemente galopando sobre sus piernas demasiado gruesas.

—¡No vaya, señora! ¡Puede haber peligro! ¡No vaya!

Pero Marta ya estaba en la puerta del garaje. Tropezó al romperse uno de sus altos tacones. A punto de caer, vio un reflejo negro que parecía reptar a lo largo de las paredes.

Tardó casi un largo minuto en darse cuenta de que era una furgoneta. Su cerebro, sus ojos, parecían envueltos en niebla.

¡Una furgoneta negra marchaba por la parte trasera del garaje! ¡Y en el suelo de éste se veía un cuerpo quieto, inerte!

Marta tuvo que sujetarse el pecho, encima del corazón. Un dolor insoportable le hizo gemir. Fallaron sus rodillas.

Millastre la sostuvo en el último segundo.

—Señora.

La furgoneta ya había salido, deslizándose por el jardín hacia la calle. Su motor casi no hacía ruido. Marta apenas vio el reflejo de sus letras sobre la superficie negra.

Intentó sacar fuerzas de flaqueza, y echó la cabeza hacia atrás, apretando los labios para no gemir.

—Por favor... La luz está a su izquierda. Se lo ruego...

Millastre comprendió.

Los espectrales resplandores del neón iluminaron un garaje semivacío, con la puerta posterior abierta. El cuerpo de Loretta estaba retorcido en el suelo, en extraña postura. Parecía como si una mano de gigante la hubiera estrujado antes de dejarla allí. Aquella postura era trágica, pero Marta sólo reparó en sus ojos.

Aquellos ojos abiertos hasta el máximo, dilatados por el horror, donde algo que no era de este mundo había dejado su trágica

huella.

Apoyada en una de las paredes para no caer, Marta se sostuvo el pecho, a la altura del corazón, con ambas manos, sintiendo que las fuerzas la abandonaban poco a poco.

Al fin no pudo resistir más y resbaló a lo largo de la pared, cayendo a tierra. Sus hermosas piernas se exhibieron casi por completo. Cualquiera hubiera puesto sus ojos, obsesionado, en la terminación de las medias prietas y finas, pero Millastre era demasiado viejo para eso. Además, allí había algo que absorbía por completo su atención.

La mujer de los ojos dilatados.

Le puso una mano sobre el corazón y otra sobre los labios. Después de un minuto de paciente escucha, susurró:

—Está muerta...

—No es posible... —jadeó Marta—. Usted sabe que no es posible. ¡Dios mío!

—Le sugiero que avisemos inmediatamente a la policía. No debe usted temer nada, porque yo soy su coartada, señora.

—No temía nada por ese lado. Llame usted, por favor. Y suplique... que traigan con ellos un médico.

Millastre salió corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Marta, obsesionada, contempló el cadáver, perdida la noción del tiempo, hasta que su corazón le produjo un daño dulce, muy dulce, y perdió el sentido por completo.

Lo recobró al sentir una punzada en el brazo. Sin duda le estaban poniendo una inyección intravenosa. Su primer movimiento reflejo fue para cubrirse las piernas, pero se dio cuenta de que le habían puesto un trapo sobre ellas. Sin duda Millastre, mientras la policía llegaba.

Los efectos de la inyección fueron casi inmediatos.

Abrió los ojos y susurró:

—¿La policía?

La respuesta se la dieron los numerosos uniformes azules que la rodeaban. Sin duda todos los patrulleros de un coche estaban allí. Dos la miraban a ella, mientras los otros tres estaban inclinados sobre la muerta.

—¿Se siente mejor, señora?

—Noto... una gran debilidad.

—Es natural, señora. Parece que ha sufrido usted un ataque cardíaco. Le hemos inyectado cardiazol del botiquín de urgencia, pero en seguida vendrá un doctor. ¿Puede usted hablar?

—Sí, supongo que si...

La simple presencia de aquellos uniformes azules en el garaje lo cambiaba todo, lo transformaba todo.

—¿Quién es la muerta?

—¿Seguro... que está muerta?

—Lamentaría que fuese pariente suya, pero no me queda otro remedio que confirmárselo: Está muerta.

Marta sintió que le faltaba el aire.

—¿Cómo, la han matado?

En aquel momento entró el mismo tipejo vestido de negro que había acudido como forense a certificar la muerte de Wen, el mismo tipo al que Marta ya conocía. Dirigió una mirada superficial a la mujer viva y una mirada entusiástica a la mujer muerta.

—Necesita asistencia —dijo el policía que había hablado antes.

—La atenderé luego. Supongo que no va a morir. ¿Cuántos cadáveres hay? ¿Sólo éste?

—Si no le parece bonito, se lo cambiamos —gruñó el policía.

Se inclinó el individuo sobre Loretta.

—Está maravillosamente muerta —susurró—. Pocos casos tan típicos se ven como ése. Le han dado un golpe en la nuca, pero en realidad no creo que haya fallecido de eso, aunque la autopsia dirá la última palabra.

Todos los policías estaban ahora pendientes de él.

—¿De qué cree que ha podido fallecer, matasanos?

El tipejo dijo suavemente:

—De miedo...

—Nunca olvidaré que la muerta debía haber sido yo —susurró Marta.

Estaban ya en uno de los gabinetes de la casa, después de haber recibido una segunda inyección. Se sentía aún muy débil, pero con fuerzas suficientes para hablar y pensar.

El forense susurró:

—Necesitará que la atienda un médico especialista. No quiero asustarla, señora, pero tiene usted síntomas bastante malos. ¿Cuál es su médico de cabecera?

—No tengo. Mi difunto esposo era médico y me atendía en mis pequeñas dolencias.

—Pero se nota que usted sufre del corazón. ¿Quién la ha visitado últimamente?

—El doctor Kinchner.

—Es un buen especialista y vive en Nueva York. Yo mismo le telefonearé. Necesita ponerse en sus manos en seguida. ¿Pero por qué dice que usted debió ser la muerta?

—Porque normalmente soy yo la que encierra el coche en el garaje. Esta vez lo hizo Loretta porque tenía miedo y pensaba que en el garaje habría mucho menos peligro.

—¿Pero quién puede tener interés en que usted muera?

—No lo sé. Aparentemente nadie, pero de todos modos, quiero hablar con el juez. Debo decirte algo que él no esperó oír jamás de labios de nadie...

## CAPÍTULO XII

Eran ocho las personas que estaban ante el panteón.

Volvía a lloviznar, como el día en que enterraron a Wen Patrick. Ráfagas de viento que no parecían normales en aquella estación, enviaban las gotas de lluvia al rostro de los testigos. Marta estaba entre dos policías, en primer término, junto al juez que había autorizado la exhumación. Más atrás se hallaba el secretario y en el último término, tres testigos que debían firmar el acta.

Ocho personas de las cuales sólo una creía en la realidad de todo aquello y estaba preparada para lo más increíble.

Las otras siete creían encontrarse ante un acto fastidioso y rutinario. No es agradable destapar un ataúd cuándo el cadáver lleva muy pocos días dentro. El juez, sobre todo, tenía cara de perro dogo. Se decía a sí mismo que había sido un estúpido al acceder a la petición de Marta, aunque ella era una mujer influyente y rica, con la que no convenía ponerse a mal.

¡Pero insistir en que su marido quizá hubiese salido de la tumba! ¡Vamos, eso era ya excesivo!

El encargado del sector abrió el panteón con las llaves que le había facilitado Marta. Pero tuvo bastantes dificultades para lograrlo, a pesar de que la cerradura era nueva.

El juez se adelantó con los ojos entrecerrados a causa de las ráfagas de lluvia.

—¿Qué ocurre?

—Nada, déjeme mirar.

—¿Pero qué es lo que hay que mirar ahí?

—La cerradura había sido forzada, y por eso ha resultado tan difícil abrirla.

—¿Forzada?

El juez miró hacia atrás, sin comprender. Fue entonces cuando Marta se adelantó dos pasos e hizo aquella extraña pregunta:

—¿La han forzado desde dentro o desde fuera?

El encargado del cementerio tragó saliva lentamente y luego dijo:

—Desde dentro, señora.

Marta se llevó otra vez las manos al corazón y fue entonces cuando supo con absoluta certeza que no podía resistirlo, que aquella tensión dramática y angustiosa significaría su fin.

Un dolor dulce, muy dulce, la iba dominando. Se sostuvo gracias a la presión de las manos del juez en su brazo.

—¿Qué le ocurre, señora? ¿Se siente mal?

—No es nada. Perdón.

Marta abrió su bolso y tragó una pastilla.

—¿Quiere retirarse de aquí?

—No, gracias. Quiero verlo todo hasta el final.

El juez volvió de nuevo al panteón.

—¿Cómo se atreve usted a decir que la cerradura ha sido forzada desde dentro? ¿Sabe lo que significa?

—Claro que sí, pero yo tengo que atenerme a las evidencias. Miré estas señales en el metal. Incluso puedo decirle que la cerradura no la forzó un profesional, porque la hubiera dejado intacta. Esto lo hizo una persona que no era experta, o que estaba muy nerviosa.

—¿Sabe lo que dice?

—Eso es cosa mía.

El juez hizo una seña a los tres testigos que estaban al fondo, y que al mismo tiempo eran empleados del cementerio.

—¿Llevan cuerdas?

—Sí, señor juez.

—Saquen el ataúd.

Al llegar a la cámara interior, se dieron cuenta de que la losa estaba fuera de su sitio.

—¿Pero qué broma es ésta? ¿Quién puede haberla apartado?

—Un solo hombre, señor. La losa es muy adornada, pero de piedra hueca. Resulta ligera.

—¡Saque el ataúd!

—Sí, señor.

Pero los empleados no tenían prisa. Sus manos temblaban. Y es que a partir de ese momento todos vivieron aquel clima

obsesionante de pesadilla como una cosa propia.

El ataúd salió al exterior.

Estaba cerrado, pero no pesaba nada. Casi saltó entre las manos de los empleados, como una cosa viva.

—¡Ábranlo!

La voz del juez, que habitualmente era un hombre frío y sereno, había parecido un alarido.

La tapa se alzó y todos lanzaron un grito.

Todos menos Marta.

*Porque Marta ya lo sabía.*

El ataúd estaba vacío.

## CAPÍTULO XIII

El periódico, el serio y vetusto «New York Times», publicaba la noticia más especial e increíble que había publicado nunca.

«... Y la descripción de Wen Patrick es la siguiente: Metro setenta y cinco de estatura, fuerte complexión, unos setenta y ocho kilos de peso, ojos azul-gris, cabellos negros ondulados, orejas y nariz normales, siendo la primera recta. Cejas un poco alzadas. Viste probablemente un traje gris moteado, zapatos negros y no lleva sombrero. Desde cualquier lugar donde fuera visto un hombre con esas características, debe telefonear a nuestra Redacción, donde toda pista útil será premiada con cinco mil dólares. En algún lugar se oculta Wen Patrick. En algún lugar duerme, se alimenta, y se dispone a matar tal vez».

Marta, sentada en la cama de la clínica, dejó caer el periódico sobre el cobertor, lentamente.

Sentía un cansancio infinito, agobiante, que parecía situarla ya más allá de este mundo.

De modo que Wen Patrick no había mentido. De modo que había sido enterrado con vida... ¡y él había salido de su tumba! ¡De modo que quiso verla aquella noche, cuando Loretta, en el garaje, murió de miedo!

Los médicos le habían prohibido que leyera periódicos, pero la enfermera se los proporcionaba. En el fondo ningún mal le causaba ya aquello. Su horror era tan intenso, tan profundo, tan clavado en el alma, que tener noticias concretas contribuía en cierto modo a disipar aquel clima de pesadillas en que estaba envuelta.

De pronto volvió la cabeza.

La puerta de su habitación de lujo, en la clínica, acababa de abrirse sin que nadie llamase antes.

Y la que entraba no era una enfermera, como resultaba normal, sino un hombre.

Un hombre alto, vestido con una bata blanca, llevando una bandeja sobre la que había un gran ramo de flores, que le cubrían el rostro enteramente.

Marta abrió mucho la boca, respirando con dificultad mientras el hombre se acercaba.

De pronto él retiró las flores, y su rostro fue visible. Marta lanzó una exclamación.

—¡Curtis!

—Debes perdonarme, Marta, por haber entrado así.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué has empleado la treta de las flores y por qué te has disfrazado con la bata de un médico?

—He tenido que hacerlo para que no me detuvieran.

—¿Detuvieran?

—Sí. Parece que del accidente en el puente de Queensboro tuve la culpa yo. A pesar de que la víctima y yo mismo sólo sufrimos heridas leves, estoy provisionalmente detenido.

—¿Y por qué has venido?

—Necesitaba verte.

—¿A causa de qué?

Marta no podía evitar sospechar de aquel hombre, a pesar de la relación que les unió en otro tiempo. Le resultaba doloroso, pero así era.

—He leído los periódicos y estoy enterado de ese mundo absurdo y de pesadillas en que te ves envuelta.

—¿Mundo absurdo?

—Sí. No puedo creer en ello.

—Pues es espantosamente real. Tanto que mi corazón va no puede resistir más. He tenido que recluirme en esta clínica por orden del médico. Además no podría volver a casa. No voy a volver a ella en mucho tiempo; me sería imposible.

—Pero tampoco puedes seguir así. Yo quiero ayudarte, Marta.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Porque... porque ya en mis días de niño fuiste quizá la única

persona a quien quise.

Ella apretó los labios.

—Gracias por tu intención —dijo secamente—, pero la única ayuda que necesito es vigilancia para que nadie, y *menos Wen*, entre en esta habitación. Lo demás ya se arreglará.

—Te equivocas, Marta. Yo creo que no se resolverá nunca.

—¿Cómo?

—Yo no creo que Wen saliera de su tumba, pero habrá un modo de comprobarlo.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Dejando de estar recluida aquí. Aquí nunca resolverás nada. En cambio, si Wen está efectivamente en alguna parte, te buscará. Sal a la calle o vuelve a tu casa y darás con él, si es que efectivamente existe. Yo estaré siempre junto a ti. ¡Ése es el único medio que tienes para resolver esta pesadilla de una vez, para salir de este mundo obsesionante que te abruma!

## CAPÍTULO XIV

Allí estaba la casa con sus muebles de lujo, con su ambiente acogedor, que había agradado tanto a Marta en otro tiempo, con sus cuadros de buenas firmas, en los cuales ella creía ver ahora mudas sombras de horror.

El médico la dejó en la misma puerta.

—Ha hecho usted mal en abandonar la clínica, señora Patrick. Recuerde que ha sido contra mi consejo.

—Allí encerrada todo el día, sufría mucho más se lo juro. Claro que usted no puede darse cuenta.

—Yo sólo me doy cuenta del estado real de su corazón. ¿Cómo se lo explicaría? ¿Usted no ha visto esas películas en las que aparece el fuelle de la anestesia durante el curso de una operación, ese fuelle que se hincha y se deshinchaba lentamente y que a veces parece quedar quieto, lo cual significa la muerte? Pues igual ocurre con su corazón. Trabaja con angustia y cualquier emoción, cualquier acceso de terror, puede paralizarlo.

—¿Y qué voy a hacer si no tiene remedio?

—¡Claro que tiene remedio! Le bastaría vivir en un clima agradable y sin emociones durante varios meses, para que su corazón se rehiciera. Pero parece como si usted buscase todo lo contrario al volver a esta casa.

—He vuelto... porque necesito saber.

El médico se encogió de hombros con tristeza, con un gesto de cansancio y de impotencia a la vez.

—Usted me ha confesado que este cambio se lo había aconsejado un viejo amigo llamado Curtis —susurró—. ¿Ya tiene usted plena confianza con él? ¿No ha pensado que esto bien pudiera ser una trampa para tenerla más en sus manos?

Ahora fue Marta la que se encogió de hombros con su cansancio infinito.

—Cualquier cosa es mejor que esta horrible incertidumbre. De todos modos, gracias, doctor, por la atención que me ha prestado.

—Siempre me tendrá a su disposición, señora Patrick.

Marta entró. Más allá de los salones ricamente decorados parecía flotar la sombra silenciosa de la muerte. Detrás de cada mueble, de cada lámpara encendida, diríase que una mano se movía secretamente.

De pronto, al entrar en uno de los salones, lo vio.

Era bajito grueso, con tripita, iba espléndidamente trajeado y llevaba gafas.

—Buenos días, *miss* Patrick.

El hombre se había inclinado ceremoniosamente. Marta vaciló al reconocer al notario Finemann.

—Buenos días. Confieso que me deja un poco aturdida. No esperaba su visita.

—He sabido que usted iba a regresar hoy, señora Patrick. Y me he apresurado a venir por el afecto que le profeso y porque es usted una de las mejores clientes de mi notaría.

—¿Es que ocurre algo?

—No, nada de particular. En realidad yo podía haberme ahorrado la visita, pero entiendo que mi obligación es procurar que los clientes tengan las cosas en orden. Se trata de su testamento.

Marta se sentó, cruzando las piernas. Estaba aturdida y no quería pensar en aquellas cosas. ¿Su testamento? ¿Y qué?

—¿Suced algo? —preguntó.

—Verá. Usted dejó heredero testamentario de todos sus bienes a su esposo, el señor Patrick. Muerto éste, antes que usted, la herencia deberá pasar en su día a los herederos designados por la ley. Creo que usted no tenía más parientes que una hermanastra, ¿verdad?

—Sí. Y si yo fuera vengativa, haría algo para que esa herencia nunca llegara a sus manos. Pero ¿para qué? ¿De qué sirve el dinero cuando uno ha muerto? ¿Es sólo eso lo que me quería decir?

El notario susurró:

—No, no es eso. Las relaciones que existan entre su hermanastra y usted son cosas que no pueden interesarme. Yo he venido porque con el señor Patrick se ha producido una circunstancia realmente extraordinaria. ¿El señor Patrick está vivo o muerto? ¿Qué debemos pensar?

Marta se llevó una mano a los ojos, mientras sentía unas punzadas lentas e insistentes en el fondo de su corazón.

—No lo sé. Lo juro que no lo sé.

—Yo creo que, dadas las circunstancias, lo mejor que podría usted hacer sería anular el testamento.

—No, no pienso hacerlo. Si Patrick estuviera vivo, es evidente que no me ha hecho ningún mal. Al contrario, se lo he hecho yo a él. Por lo tanto, si algún derecho le corresponde no quiero quitárselo.

El notario se puso lentamente en pie.

—Gracias por su atención, señora Patrick. No quiero molestarla más. Sé que a usted le incomoda toda referencia al tema, pero comprenda que mi intención ha sido excelente.

—No necesita disculparse, señor Finemann.

El notario salió lenta y ceremoniosamente, como si acabara de asistir a la lectura de su propio testamento.

Marta, al quedar sola, recorrió una a una todas las habitaciones de la enorme casa. Una a una, como si se despidiera de todas ellas. Entre el silencio hubiera jurado que todo aquello olía a muerto, como si acabara de descubrir una tumba. Detrás de cada recodo, de cada mueble, parecía haber una sombra al acecho.

Las dos nuevas doncellas que había contratado para vivir con ella, sin que la dejaran un momento, estaban en sus puestos. Eran mujeres que no creían en los espíritus, mujeres recias venidas del Oeste central, y Marta reconoció que daban una extraña sensación de seguridad. Bastaba mirarlas a los ojos para comprender que los fantasmas no existían.

¿No existen?

Marta miró las estrellas a través de la ventana y se dijo que sí, que los fantasmas existen realmente. ¿Quién sabe el misterio que palpita tal vez detrás de una puerta cerrada? ¿Quién conoce el enigma que palpita en la noche?

Cuando Marta se encerró en su dormitorio, con todas las ventanas cerradas, oía cómo un ruido lejano el castaño de sus dientes.

Al principio fue el ruido del postigo. Fue como si uno de los numerosos batientes de la casa resultara golpeado por el viento una y otra vez.

Marta se despertó, sobresaltada, sentándose en la cama y sintiendo cómo se le erizaba la piel de la nuca.

El despertador luminoso de su mesilla de noche marcaba las dos de la madrugada. Por la ancha avenida, frente a la casa, circulaba un viento muy intenso, aunque no parecía tan fuerte como para hacer temblar las ventanas.

De todos modos, Marta se tranquilizó poco a poco.

Cualquier postigo del piso alto podía estar flojo. Era imposible que las doncellas hubieran repasado palmo a palmo una casa que no conocían bien.

Se tendió en el lecho suavemente, con los ojos muy abiertos. Sentía otra vez en el corazón aquellas punzadas dulces, muy dulces, que se iban extendiendo.

Y de pronto oyó aquello.

Sus nervios, que estaban relajados por fin, sufrieron una brutal sacudida. Su corazón empezó a golpear a un ritmo alocado, obligándola a llevarse las manos al pecho.

Los pasos resonaban en el gran salón y eran pasos de hombre. Se percibían con toda claridad a través de los tabiques y de las puertas cerradas. Marta oyó también el ruido del mueble bar, al abrirse, y luego el tintineo de una copa.

Con las facciones desencajadas, temblándole las manos, se puso lentamente en pie.

Ahora no se oía nada.

Más allá de los tabiques, de las puertas cerradas, volvía a imperar el silencio.

Marta puso la mano en el picaporte.

Otra vez el tintineo de la copa.

Abrió con lentitud, sintiendo que le temblaban las sienes, para enfrentarse con la oscuridad. Como a través de una cámara fotográfica, vio el largo corredor y las paredes cubiertas de cuadros, en cada uno de ellos parecía brillar un destello siniestro. Vio el reflejo mate de las baldosas de mármol. Vio también la puerta del salón, al fondo, que parecía moverse como si el viento la empujara.

Los pies de Marta avanzaron sobre las baldosas.

El pomo de la puerta parecía llenar sus ojos, parecía obsesionarla. Su mano rozó el frío metal. Lo hizo girar con toda lentitud, sintiendo el chirrido de la cerradura como si sonase en sus

propias entrañas.

En el salón había una luz encendida, cuando ella recordaba perfectamente haberlas apagado todas.

Pero no sólo era eso.

Junto a la lámpara encendida había una copa a medio llenar y una botella del *whisky* que siempre prefirió Wen Patrick.

También había un cigarrillo a medio consumir.

Marta sintió que le temblaban las piernas.

El corazón le hacía daño y se notaba más débil cada vez, pero a pesar de que tuvo que apoyarse en una de las paredes para no caer, su cerebro funcionaba en cambio con toda claridad. Ante el peligro, ante el horror, sus pensamientos se hilvanaban con una facilidad casi mágica.

Lo primero que pensó fue en llamar a las doncellas, pero se dijo que el apoyo de dos mujeres bien poca cosa significaba en aquellas circunstancias. Lo que debía hacer era telefonar a la policía, cuyo Precinto más inmediato se encontraba apenas a dos millas de distancia. Debía telefonar sin perder un instante.

El teléfono no estaba en el salón, sino en una pieza contigua, bajo las escaleras que llevaban al piso superior. Marta avanzó lentamente, notando que el frío que antes sintió en la médula llegaba ya hasta sus huesos.

Sus manos asieron el teléfono.

Lo descolgó.

Y entonces oyó las pisadas arriba, sobre su cabeza. Oyó las pisadas del hombre que descendía la escalera lentamente.

Marta contuvo la respiración.

Sus dedos, que antes estaban agarrotados, quedaron sin fuerza lentamente, y el auricular cayó, quedando colgado de su cordón. Los pasos se detuvieron justo donde la escalera, en sus últimos peldaños, formaba la curva.

Desde allí Marta va era visible para el que descendía. Desde allí Marta *podía ver*.

Temblándole los párpados, sintiendo que otra vez las rodillas se negaban a sostenerla, Marta alzó los ojos lentamente.

Wen estaba allí.

Estaba de pie en el borde de la escalera, recibiendo a través de uno de los grandes ventanales, la luz fantasmal de las estrellas.

Vestía el mismo traje moteado que notaron a faltar en el armario, y una de cuyas mangas había visto a través de la ventanilla del coche. Estaba algo más delgado, y su piel parecía espantosamente blanca, pero era él. ¡Era él!

Sus ojos estaban posados en el auricular del teléfono que oscilaba suavemente al final del cordón.

—Yo no haría eso —susurró la voz de Wen—. Yo no llamaría a ninguna parte.

Luego aquellos ojos subieron.

Subieron pulgada a pulgada por las piernas de Marta, largas, torneadas y elásticas. Se detuvieron en el vientre núbil, en la cintura estrecha y breve. Pasaron por los senos redondos y firmes y llegaron hasta los ojos. Hasta el fondo de los ojos de Marta.

Fue entonces cuando ella no pudo resistirlo. El choque brutal de sus miradas resultó demasiado para sus nervios deshechos. Le pareció que algo demoníaco, que un brillo de ultratumba la atisbaba desde el fondo de los ojos de Wen.

Aquellos ojos parecieron acercarse, acercarse, como si el enfoque de una cámara cinematográfica los trajera hasta ella.

Marta lanzó un grito obsesionante, angustioso, sintió que su mirada se nublaba, que las rodillas se negaban a sostenerla, y cayó, plegándose sobre sí misma, como un hermoso maniquí roto.

## CAPÍTULO XV

La sensación de que unas manos apretaban su garganta, de que alguien quería estrangularla velozmente, la hizo reaccionar. Pensó que aquello no era posible. Desde el fondo de su cráneo le llegó el pensamiento de que Wen no podía ser tan miserable como para intentar asesinarla.

Torpemente se llevó las manos a la garganta.

Alguien introdujo entre sus labios unas gotas de licor, y entonces Marta, al toser, pudo abrir los ojos. Vio confusamente a una de las doncellas que le daba masaje junto al cuello, para reanimarla. Un hombre de cabellos blancos que en nada se parecía a Wen, estaba inclinado sobre su cuerpo, con una copa en la mano izquierda.

Ya ha vuelto en sí. Tendremos que llevarla al lecho y darle una inyección. ¿Podrán ayudarme?

—Sí, doctor.

—Han hecho bien en avisarme en seguida. De lo contrario podía haber ocurrido algo irremediable.

Marta había cerrado los ojos otra vez, porque todo parecía dar vueltas en torno suyo. Pero se daba confusamente cuenta de que las dos doncellas estaban allí, junto al médico. ¿Y Wen? ¿Qué había sucedido entonces? ¿Había huido al verla caer?

Al cabo de unos minutos, pudo abrir los ojos y mirar al médico.

—Ha escapado usted por pelos —dijo éste abruptamente—. Cuando yo he llegado, su corazón estaba a punto de sufrir una crisis irremediable. ¿Pero qué es lo que le ha ocurrido? ¿No es usted la señora Patrick y estaba recluida en una clínica?

—Sí...

—¿Y cómo mi colega la ha dejado salir? ¿No sabía que no está usted en condiciones?

—Yo se lo pedí.

—Claro. Y él no podía retenerla en contra de su voluntad. Pero

ambos debieron pensar a tiempo en la moral y en las leyes que prohíben el suicidio. ¿Qué quería al pretende hacer vida normal? ¿Que su corazón fallara? ¿Quería matarse?

Los labios de Marta se abrieron apenas para preguntar:

—¿Dónde está él?

—¿El? ¿A quién se refiere?

—A mi marido, a Wen Patrick.

El médico frunció los labios con un gesto de pesadumbre.

—No había nadie, señora. Y las doncellas han acudido apenas veinte segundos después de oír su grito.

—No es posible...

—Me temo que haya usted sufrido algo semejante a una pesadilla, señora. Pero eso es lo que menos nos importa ahora, ¿sabe? Lo que debe hacer es no pensar.

—Al contrario. Sólo me sentiré tranquila cuando lo aclare. ¿No había en el salón una copa, un cigarrillo a medio consumir y una botella de *whisky* destapada?

Ahora fue una de las doncellas la que contestó:

—Así es, señora.

—¿Y... no han visto a nadie?

—No, a nadie.

El médico que estaba inclinado sobre Marta, se puso bruscamente erguido.

—Bueno, mi misión ha terminado en cierto modo. Lo que la señora Patrick necesita es tranquilidad absoluta, —comprende—. Y luego un cambio de ambiente. Por ejemplo un crucero marítimo por varios países de Europa sería tal vez como una medicina milagrosa para ella. Yo volveré mañana al mediodía para ver cómo sigue, pero tal vez convendría que le diese también un vistazo el especialista que la tuvo en la clínica. Buenas noches.

Y antes de salir de la casa, mientras una de las doncellas le mantenía abierta la puerta, dijo cuchicheando:

—Y, por lo que pudiera suceder, avisen a la policía.

La policía encontró rápidamente algunas huellas en el vaso y en la botella de *whisky*. El hombre, fuese quien fuese, no había tomado ninguna precaución especial. Aquellas huellas se confrontaron inmediatamente con la ficha policíaca que se le abrió a Wen Patrick antes de sufrir condena, y la coincidencia fue exacta.

Ya no había duda.

Si alguien hubiera podido flotar sobre las cabezas de los policías durante las horas siguientes, por encima de las mesas de despacho donde se apilaban las comunicaciones y los resultados de las pesquisas, habría visto muchos cabellos desordenados nerviosamente, muchas frentes perladas de sudor frío, muchos ojos dilatados y algunas manos crispadas en torno al teléfono. Quizá nunca como en aquel momento, la policía de Nueva York había trabajado tan activamente en pos de un hombre que ya no era un fantasma, que ahora existía de verdad... después de haber salido de su tumba.

Los patrulleros recorrieron todos los hoteles, todas las pensiones desde Wall Street a Harlem, desde Nueva Jersey a Long Island, sin resultado alguno. Miles de fichas de entrada y salida de viajeros fueron revisadas. Los empleados que expendían el billete para los trenes de cercanías fueron interrogados uno a uno, por si Wen Patrick habitaba fuera de la ciudad y regresaba a ésta en determinados momentos. Pero nada.

Ningún resultado.

Sólo noche y sombras. Nada.

Sin embargo, había alguien que *sabía* dónde estaba Wen Patrick. Aquel alguien era Marta.

Le parecía increíble no haberse dado cuenta antes, no haber visto en el primer momento lo que aquello significaba.

Estaba justo frente a su lecho, ante sus propios ojos, como un mensaje que en realidad cualquiera hubiese podido descifrar.

Marta lo vio al anochecer, cuando ya las luces de la ciudad se encendían progresivamente y cuando Nueva York empezaba a parecer ese manto de púrpura que hace soñar a los turistas de las cinco partes del Mundo y hace frotarse las manos a los accionistas de las compañías eléctricas.

Frente al lecho de Marta, en una pared flanqueada por dos grandes ventanales, había un cuadro pintado por un discípulo de Bernard Buffet. Las líneas atrevidas, duras, verticales y alargadas como las de un Greco de la era atómica, representaban las atracciones de Coney Island.

Y sobre ellas estaba la marca de una mano.

La marca de la mano de un hombre.

Sin duda. Patrick había pasado por allí antes de huir, dejando impresa sobre el cuadro la huella de su mano, intencionadamente manchada de *whisky*.

Era una señal. Era una señal tan clara que parecía increíble que los policías no la hubiesen advertido ya. Claro que hacía falta estar tendido en el lecho para darse realmente cuenta.

Marta supo comprender que aquello era una cita y resolvió acudir a ella.

## CAPÍTULO XVI

Coney Island es la playa más popular de Nueva York, donde los domingos de verano millones y millones de personas van a tostarse en masa, apiladas las unas sobre las otras. Junto a la playa está el no menos famoso parque de atracciones, que es uno de los mayores del mundo.

Durante las noches, vísperas de festivo suele estar abarrotado, mientras que durante las otras noches lleva una vida algo lánguida, sobre todo si no hace demasiado calor.

Justo cuando aquella hermosa mujer penetró en el recinto, Coney Island estaba más desanimado que nunca.

Las gigantescas montañas rusas, los establecimientos de autochoque, las pistas de patinaje, aparecían poco concurridas, a pesar de que debía haber unas dos mil personas en el recinto.

La mujer que entró allí con paso poco seguro, vestía un hermoso y ceñido dos piezas color gris, que modelaba sus esculturales formas. Calzaba zapatos de alto tacón y apretaba nerviosamente bajo el brazo un costoso bolso de piel de cocodrilo. Era una de esas mujeres tan bonitas a las que los hombres, impresionados, no nos atrevemos a acercarnos porque suponemos con razón, que al que no sea Rockefeller le van a dejar marcado un tacón en la cabeza.

Sin embargo, Marta, esa noche, daba la sensación de estar más inquieta que nunca.

Paseaba la mirada en torno suyo con recelo, con sospecha. Miraba si alguien la seguía. Parecía buscar en todas partes una huella, un rastro.

Media hora antes Marta, que simulaba estar descansando bajo los efectos de un somnífero que en realidad no había llegado a tomar, había salido de su casa descolgándose por una de las ventanas, para tomar un taxi al final de la avenida. Precaución algo inútil, porque la casa sólo estaba vigilada por dos policías, uno en el

garaje y otro en el jardín delantero. Los de la Metropolitana parecían dar por seguro que Wen Patrick no se atrevería a volver a acercarse por allí. Ninguno de los dos agentes prestaba atención a la ventana, por la que logró descolgarse Marta.

Y ahora, después de hacer dar al taxi muchas vueltas por si alguien la seguía, ya estaba en Coney Island.

El inmenso y trepidante Coney Island.

A medida que avanzaba por entre las atracciones, las pistas y los restaurantes al aire libre se daba cuenta de que, pese a estar desanimado, en el gran parque había mucha gente. Las músicas sonaban con estridencia, las parejas avanzaban enlazadas por la cintura, y en los torbellinos, las muchachas lanzaban agudos gritos cada vez que el aire en trombo les alzaba las faldas.

Todo aquello parecía tan alegre, tan moderno y actual, que Marta tenía la sensación de que era imposible que allí ocurriese su encuentro con un ser venido del Más Allá, salido de la tumba.

Pero, sin embargo, era seguro que allí encontraría a Wen Patrick. El la había citado. La señal de su mano intencionadamente, dejada en el cuadro, no podía significar otra cosa.

Marta se daba cuenta de que era mejor obedecer. De que en el fondo era mejor así.

Sólo hablando con Wen resolvería el misterio. Sólo con una palabra, con un gesto se disiparía la horrible pesadilla que flotaba entre los dos. Mientras no hablaran, la horrible tensión a que estaba sometida haría la vida imposible a Marta.

—¿Pero dónde estaba Wen? ¿Dónde se encontrarían?

Mientras más avanzaba por Coney Island, más inmenso le parecía a Marta el parque, en el que sólo había estado dos veces en su vida.

Eran ya más de las diez. La luna llutaba, solemne, en el cielo, como un ojo macabro. A pesar de mirar a todas partes, Marta no había encontrado aun la menor huella de Wen Patrick.

Y de pronto, al llegar va al extremo del parque, comprendió que estaba en el lugar de la cita.

Sobre una pared de madera había un cuadro del mismo discípulo de Bernard Buffet, muy parecido al que ella tenía en su dormitorio. También representaba el gran parque de Coney Island, y sobre el cuadro flotaba, vaporosa, la blanca figura de la muerte.

Marta alzó los ojos.

Muy por encima del cuadro, un gran letrero en letras retorcidas decía:

«CASA DEL TERROR»  
«SE ACONSEJA NO ENTRAR A LOS ENFERMOS DEL  
CORAZÓN Y A LOS QUE SUENEN POR LAS NOCHES»

Marta se acercó a la taquilla. Parecía como si una fuerza ajena, contraria a su voluntad, la empujase hacia allí.

—Una entrada, por favor.

El empleado la miró con asombro.

—¿Va usted sola?

—Sí, claro. ¿Ocurre algo?

—No, no, desde luego... Nuestra atracción no ofrece ningún peligro. Pero es que normalmente, las mujeres solas no se atreven.

—Yo sí.

—Bueno, no voy a disuadirla. Aquí tiene su entrada. Es medio dólar.

Marta pagó y contempló la puerta.

Todo era bambalina y decoración de teatro, pero estaba bien hecho. Como en tantas otras atracciones del mismo género, la entrada era la boca de un dragón. Más allá había un pasillo que se estrechaba hasta dejar solo sitio para un ataúd. Uno se ponía de pies allí, y el suelo del ataúd era un ascensor que llevaba al visitante hasta las entrañas de la casa, donde le aguardaban mil horrores por sólo medio dólar.

Pero nunca la Casa del Terror había sonado con poder ofrecer nada semejante: ¡El encuentro de una mujer joven y bonita con su esposo recién salido de la tumba!

Marta puso los pies en el ataúd, y su simple peso hizo funcionar el mecanismo.

El suelo se hundió con rapidez, mientras ella lanzaba un gemido de sobresalto. El extraño ascensor la dejó en una gruta donde soplaban fuertes corrientes de aire, sabiamente calculadas para que las faldas no conservaran su sitio. El viento dejó al descubierto hasta el portaligas, mientras ella tensaba sus ropas. Inmediatamente

se oyó un chillido agónico, escalofriante, y un muñeco que imitaba perfectamente al conde Drácula saltó sobre ella velozmente para retirarse a su nicho en el muro con la misma rapidez.

Marta se llevó las manos al corazón, mientras el ritmo de la respiración se le quebraba. Ahora se estaba dando cuenta de que acababa de cometer un error terrible.

No podría resistir aquello. Aunque supiese que era mentira, su corazón se paralizaría ante aquella violenta exhibición de horror.

Dos parejas pasaron corriendo a su lado, mientras lanzaban agudos gritos. Los hombres lo hacían en broma, pero las mujeres estaban sinceramente asustadas. Varias puertas se abrieron y cerraron rápidamente, indicando que la Casa del Terror estaba casi llena.

Aquello tranquilizó a Marta.

Estando sola no hubiera podido resistirlo, pero con gente en todas partes, lo cosa resultaba muy distinta. Fue instintivamente detrás de las dos parejas. Atravesó una puerta, y de pronto, como por arte de magia, se encontró sola, en la más completa oscuridad.

Una voz metálica dijo:

—Por aquí.

Marta se volvió de repente, sobresaltada, y un grito de horror se ahogó en su garganta. Detrás suyo, tendiendo hacia ella los enormes brazos, había aparecido una perfecta reproducción del monstruo de Frankenstein, cuyo rostro, iluminado desde abajo, parecía dotado de vida. Su boca se abría y cerraba mientras la cinta magnetofónica repetía desde dentro:

—Por aquí... Por aquí...

Antes de que Marta tuviera tiempo de sentir la progresiva debilidad que se apoderaba de todos sus miembros, tocó con la mano derecha una barra vertical, y toda la habitación pareció subir, como si fuera un ascensor gigante. Un minuto después, Marta se encontraba en una pieza muy clara donde había varias reproducciones de figuras humanas en cera. La muchacha se dio en seguida cuenta de lo que aquello quería significar. Estaba en el museo de los horrores que cierta vez vio en una película, en el famoso escenario de los «Crímenes del Museo de Cera». Oyó otro alarido estremecedor, y un hombre, éste de carne y hueso, cubierto con una máscara que representaba unas horribles facciones

carcomidas por el fuego, avanzó hacia ella lentamente.

Marta boqueó, llena de angustia, sintiendo que las manos se le agarrotaban a la altura del corazón.

Sus rodillas temblaron. Sintió que le fallaban las fuerzas.

Algo muy alarmante debió notar el hombre que iba a lanzarse sobre ella, porque inmediatamente se quitó la máscara. Un rostro simpático e inocentón apareció bajo ésta. El hombre, que estaba tan asustado como Marta, aunque por distintos motivos, corrió a sostenerla en sus brazos.

—Por Dios, un poco de calma... Nos pondrá usted en un compromiso si le ocurre algo. ¿Por qué ha entrado sola si no puede resistir las emociones fuertes?

—Se lo ruego. Dé., déjeme.

—Vaya al menos a la ventana. Un poco de aire le sentará bien.

Marta se dio entonces cuenta de que en la pieza había una ventana y de que esa ventana daba al exterior a la altura aproximada de un primer piso. Respirando con dificultad, se asomó a ella.

Fue entonces cuando lo vio.

Fue en ese momento cuando vio la espalda de aquel hombre alto, vestido con el traje moteado que ella conocía tan bien, entrando en la Casa.

## CAPÍTULO XVII

Marta había ido hasta allí precisamente para que eso ocurriera, para ver a Wen Patrick, y sin embargo, ahora que lo tenía a unos pasos, ahora que sabía que el encuentro iba a realizarse, no podía evitar que la acometiese una muda sensación de horror.

La sensación de pesadilla, de irre realidad, le embargaba los sentidos y nublaba la vista.

El hombre, que no se había atrevido a colocarse otra vez la máscara, susurró:

—¿No se encuentra mejor? Siempre hay al menos un médico de servicio en Coney Island. ¿Quiere que lo llame?

—No, gracias. Me reanimaré pronto. Lo que quisiera... es otra cosa.

—Dígame.

—Aunque le parezca extraño tengo aquí una cita. Una cita con un hombre.

Los labios del empleado se fruncieron.

—Vaya, no me diga...

—Es bien distinto de lo que usted cree. No se trata de nada sentimental. Es una cita con mi marido, del que por diversas razones me hallo separada hace tiempo.

—¿Y qué quiere que yo haga?

Marta depositó suavemente un billete de a cinco dólares en las manos enguantadas del hombre.

—¿Hay aquí algún sitio donde mi marido y yo podamos hablar cinco minutos sin que nos moleste nadie?

El hombre miró dubitativamente el billete y al final se lo embolso. Delante de los cinco dólares, lo que hubiera de verdad en todo aquello ya no le importaba.

—Ahí al lado. Es una habitación de las que dan vueltas, ¿sabe? Si yo no muevo una palanca que tengo junto a la puerta, nadie

puede entrar en ella por este lado.

—De acuerdo, voy a entrar. Mi marido es un hombre alto, joven, y lleva un traje moteado color gris, muy elegante. Cuando aparezca, hágale entrar también.

—De acuerdo.

El empleado se puso la máscara, que ahora ya no le pareció a Marta tan horrible, y movió una palanca de madera que sobresalía del suelo de tablas. Una puertecita se abrió junto a dos figuras de cera.

Antes de trasponer el umbral, Marta susurró:

—Otro favor...

—¿Aún más?

—Le ruego que no nos deje solos más de cinco minutos. Entre cuando haya transcurrido ese tiempo. Si lo hace así, tendrá una segunda propina.

—De acuerdo, pero entre de una vez, porque si la sigo mirando más se me derrite la máscara.

Marta entró.

La habitación consistía en una cámara redonda que seguramente podía dar vueltas sobre un eje, igual que el globo terráqueo, y la cual estaba a media luz. En ella había otras figuras de cera, rígidas, hieráticas, vestidas con los más diversos ropajes, que iban desde el disfraz de un verdugo del siglo XIII al de un perfecto y elegante caballero del siglo XX.

¿Un perfecto y elegante caballero?

Marta volvió la cabeza. Lo miró mejor.

El traje gris moteado, de perfecto corte. Los zapatos negros. Los labios quietos y el rostro medio cubierto por las sombras...

Su corazón sufrió una horrible sacudida al ver allí a Wen Patrick, el hombre a quien buscaba toda la policía de Nueva York, el único hombre de este siglo que había logrado fugarse de su propia tumba.

Marta se apoyó en la pared. Todo empezó a dar vueltas en torno suyo, como si la habitación girara, girara...

Ahora se daba cuenta de lo que era el miedo. Ahora sabía que sólo su propio horror la había empujado allí, como el pajarillo es atraído por los ojos de la serpiente.

Sólo tuvo fuerzas para musitar:

—Wen...

El no respondió.

—Wen... —repitió sordamente Marta.

Wen Patrick se movió entonces.

Marta vio sus ojos fijos, espantosamente fijos, que parecían mirarla desde el Más Allá. Vio sus brazos que se alzaban lentamente. Y vio sus manos, sus manos grandes, fuertes, que habían salido de la tumba y ahora avanzaban hacia su cuello.

Marta fue a retroceder un paso, pero a su espalda encontró la pared. Fue a huir y no pudo, porque las rodillas se negaban a sostenerla. Fue a gritar y entonces, las manos de Wen Patrick se enroscaron en torno a su cuello.

Marta lanzó un gemido ronco, ahogado, que no debió llegar más allá de la puerta.

Sintió las manos de Patrick, grandes y anchas, apretando su cuello. Sintió que la sangre no llegaba a su cráneo, que los ojos se le salían de las órbitas, mientras las paredes empezaban a danzar.

Sólo pudo balbucir:

—No es posible... Wen... Nooo...

Pero Wen parecía no oírla.

Sus ojos, espantosamente fijos, parecían estar más allá de este mundo, y sus manos se aferraban al cuello de la mujer con esa horrible obstinación que sólo pueden tener las manos de los muertos, cuando de ellas ya se ha apoderado la rigidez. Marta sintió que sus tuerzas la abandonaban y fue resbalando sobre la pared lentamente, mientras aun intentaba librarse de aquel dogal de hierro. Pero las manos de Wen Patrick apretaron más y más, en algo parecido a un espasmo que contraía todo su cuerpo.

Mientras los ojos de Marta rodaban en sus órbitas, la mujer vio el lugar por donde había entrado Patrick. Este, que debía conocer bien el lugar, había empleado un pequeño hueco junto al techo, que se cerraba mediante una trampilla y que seguramente solo debían utilizar los empleados de la Casa del Terror. ¿Pero, qué importaba eso ya? ¿Qué más daba saber o no saber por dónde había entrado el hombre que había de matarla?

Ella cayó definitivamente a tierra. El hombre cayó encima, todavía ciñéndole el cuello, mientras los ojos seguían fijos, espantosamente fijos, como los de un muerto.

Y de pronto, la tensión de aquellas manos cedió. Los músculos de Wen Patrick parecieron relajarse.

Marta pudo aspirar una bocanada de aire y le miró con una muda expresión de horror, mientras Wen caía a su lado, quedando espantosamente rígido y quieto.

Marta le miró sin comprender, sin poder respirar aun, sin capacidad para darse cuenta de la extraña e increíble verdad.

Porque lo cierto era que Wen Patrick ya no podría hacer nada para estrangularla, ya no podría avanzar hacia ella nunca más.

Wen Patrick estaba muerto.

Y fue en ese preciso instante cuando unos pasos lentos, solemnes, avanzaron hacia ella por el suelo de tablas.

## CAPÍTULO XVIII

Unos pasos.

A Marta le pareció que el sonido se multiplicaba cien veces en el silencio espantoso de la pequeña cántara. Respirando fatigosamente, haciendo un terrible esfuerzo para recuperar el dominio de sí misma, se puso en pie.

Tenía que huir.

Tenía que salir de allí como fuese o aquella cámara sería su propia tumba, como había sido la tumba de Wen.

Quiso abrir la puerta, para salir, pero no pudo lograrlo. Sin duda, la puerta había que abrirla desde fuera, moviendo la palanca. Golpeó con los puños, y en ese momento, los pasos resonaron precisamente junto a la puerta que ella estaba intentando abrir.

Eran unos pasos de mujer.

Marta suspiró, aliviada, sintiendo que todos sus nervios se relajaban en un instante. Dios santo, por fin iba a terminar aquella pesadilla. Por fin podría escapar de aquel clima de horror en que tan inconscientemente se había metido ella misma. Una mujer no podría hacerle ningún daño.

—¡Abra! ¡Abra!

La palanca fue movida al otro lado, y la puerta se abrió poco a poco, con un lúgubre chirrido de goznes.

Marta lanzó un grito de alegría.

—¡Thelma!

Y se arrojó en sus brazos.

Porque, aunque pareciese increíble, era Thelma, su hermanastra, la que estaba allí.

Marta sollozó sobre su pecho, mientras sus nervios parecían a punto de romperse, de aniquilarse, incapaces de resistir la tensión agobiante de las últimas horas. Sus músculos perdieron la fuerza, y

mientras todo su cuerpo era recorrido por un sollozo, se dejó casi sostener pollos brazos de Thelma, que la tenía apretada contra sí.

—Thelma... Dios santo, tú has sido mi salvación Creí que no podría resistirlo. Wen está ahí dentro. Está ahí, ¡muerto!

—Wen murió hace tiempo, querida.

—Acaba de morir... ¡Te lo juro! ¡Acaba de morir mientras intentaba estrangularme! ¡Ha caído sobre mí cuando yo estaba a punto de terminar mis fuerzas! ¡Dios mío!

Alzó los ojos y miró directamente a Thelma, cuyas pupilas impersonales y frías, parecían mirarla desde una inmensa distancia.

—De modo que Wen ya ha muerto... —susurró.

—Sí. Y ha intentado matarme. Te juro que no lo entiendo, Thelma... ¡No lo entenderé jamás!

Movió la cabeza de un lado a otro, mientras se llevaba la mano derecha a la frente, como si estuviese a punto de estallarle la cabeza.

Les ojos impersonales y fríos de Thelma seguían mirándole como a través de una gran distancia.

—¿No había antes aquí un hombre disfrazado con ropas negras y con una máscara? —balbució Marta, reaccionando lentamente—. Junto a esta palanca estaba un empleado de la Casa del Terror.

—Ya no está aquí.

—¿Por qué? No comprendo...

—Dos infelices a los que he pagado para eso han armado alboroto aquí cerca, y todos los empleados han tenido que acudir, lardará en regresar al menos cinco minutos.

La mano que Marta tenía sobre su frente, bajó poco a poco.

Sus ojos, entrecerrados, se abrieron enormemente, se dilataron por el horror.

No lo había comprendido hasta entonces porque no era dueña de sus nervios ni de su voluntad, o quizá porque todo le había parecido incomprensible desde el primer momento. Pero ahora lo veía con claridad, con una claridad espantosa y trágica. Ahora se daba cuenta de que había llegado su fin.

El fin más negro que hubiera podido imaginar en sus amargas noches de pesadilla.

Vio el cuchillo en la mano derecha de Thelma. El cuchillo largo, afilado, punzante como el estilete de un cirujano. Daba la sensación

de que con él hubiera podido cortarse un pedazo de metal.

—¿Por qué? —balbució—. ¿Por qué?

—¿Pero es que aún no lo has comprendido?

—Wen podía tener algún interés en mi muerte porque era mi heredero. Pero tú ¡Dios mío! ¿Por qué tú también?

—Wen era tu heredero, claro —silabeó Thelma—. No debe extrañarte que deseara tu muerte.

A pesar de que aquellas palabras eran terribles, a pesar de que arruinaban su vida entera, Marta las creyó.

A pesar del horror que se encerraba en aquella sencilla frase, Marta no tenía más remedio que creer en ella después de lo que había vivido.

Wen era su heredero. Wen había querido malaria.

¿Pero y Thelma?

¿Por qué?

—Yo le daré la respuesta —dijo Thelma lentamente, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. En realidad, todo se inició, por un error, es decir, por la aparente defunción de aquel maldito químico a quien Wen hizo enterrar con vida. ¡Y el caso era que no estaba muerto, y sin embargo. Wen se había fijado muy bien en él, había obrado con la mayor buena fe, como obraría el más prudente de los médicos! No era una lumbrera, pero Wen estaba seguro de no haberse equivocado normalmente en una cosa tan sencilla. Y entonces, y sobre todo, cuando estaba en la cárcel, la duda empezó a no dejarle vivir. Día y noche se preguntaba. ¿POR QUE?

Marta contuvo la respiración mientras Thelma apoyaba con suavidad el tajo del cuchillo en su garganta, para que no pudiera moverse.

—Siempre, día y noche, se hacía la misma pregunta —continuó Thelma con voz baja y tensa—. ¿Cómo había podido equivocarse? ¿Cómo era posible que no hubiera sabido distinguir un muerto de un vivo? Este pensamiento constituyó para él una pesadilla desde que entró en la cárcel hasta que salió de ella.

Marta se ahogaba de tanto contener la respiración. Todo en ella parecía haberse paralizado desde que la hoja del puñal se había apoyado en su cuello. Con voz balbuceante preguntó:

—¿Y luego? Yo le ofrecí mi cariño. ¿Por qué siguió pensando en eso? ¿Por qué?

—Porque él me amaba, o mejor dicho me deseaba. Se había cansado de ti, ¿sabes? Eras una palomita, pero una palomita demasiado sosa. Yo, en cambio, le resultaba incitante, nueva... Resolvimos vivir juntos nuestra vida, pero para eso hacía falta un río de oro. A los dos nos gustaba vivir bien. Y ése río de oro tú lo tenías en tus manos, Marta.

—Pero nada tiene sentido... El dijo que iba a morir...

—El había ideado ya un plan, de acuerdo conmigo. Lo primero que hizo al salir de la cárcel fue visitar a la viuda del hombre a quien él hizo enterrar vivo sin saberlo. Aparentemente, le guiaba el deseo de congraciarse con ella, de hacerse perdonar, pero lo que hizo en realidad fue ganarse su confianza y revolver todos los documentos y pruebas de laboratorio que había en el despacho del difunto. Tú ya sabes que era químico. Pocos días le bastaron a Wen, que tenía sólidos conocimientos científicos en aquella rama, para comprobar que su desgraciado paciente había estado experimentando con un combinado de la digitoxina, que produce aparente parálisis cardíaca, a veces muy peligrosa, y un estado cataléptico extraordinariamente parecido a la muerte real. Por lo visto, el químico tomó en plan experimental aquel combinado de su invención, y el «éxito» fue tal que todos, incluso un médico como Wen, creyeron que había muerto de un síncope. La consecuencia fue enterrarlo vivo.

—¿Y Wen pensó que., que...?

—No te atreves a continuar, ¿verdad? No te atreves ni a pensarlo siquiera. Wen se dijo que él también podía tomar aquel preparado. *Que podía hacer que tú le enterraras perfectamente convencida de que había muerto.*

Con una especie de gemido ronco continuó:

—Naturalmente, yo debía cuidar de él. Incluso impregné el aire de la habitación de una sustancia que producía hedor, para mejor engañar a todos. No había peligro de que muriera asfixiado si le sacaba del ataúd la primera noche, como así hice. En realidad, teniendo un duplicado de las llaves del panteón que él mismo me había facilitado, todo fue un juego de niños.

—Dirás más bien... un juego de monstruos.

El cuchillo acarició fugazmente la garganta de Marta, arrancándole gotitas de sangre y produciéndole un frío

estremecimiento de horror.

—Tal vez tengas razón... —prosiguió Thelma con voz ronca—. Tal vez fue un juego de monstruos, pero iba a convertirnos en dos seres fabulosamente ricos. Tú habías nombrado heredero universal a tu marido, Wen Patrick, y tú ibas a morir antes de que el testamento se revocara.

—Sabía que padezco del corazón. Pensaba matarme de forma que no le cupiese ninguna culpa. Pensaba matarme de... de miedo..., ¿ver... verdad?

—Todo tenía que ser muy sencillo. No sólo no podrían acusarle, sino que incluso sus abogados reclamarían perjuicios por haber sido enterrado con vida. Lo único malo fue que murió de horror una sirvienta cuando toda aquella escena de teatro con la furgoneta dentro del garaje estaba preparada para ti. Pero aún quedaba tiempo... ¡Oh, claro que sí! Mucho tiempo. Aún quedaba... esta noche.

—Pero Wen... ¡Wen ha muerto!

Thelma dijo con voz metálica y fría, que pareció llegar desde muy lejos:

—Lo he matado yo. Lo he envenenado.

—¿CÓ... cómo dices?

—Ya era inútil su presencia. No hacía falta que fuéramos dos a repartir, cuando podía quedarme todo el dinero yo sola. En efecto, muertos Wen y tú, yo era tu heredera forzosa. Había calculado que Wen moriría después de acabar contigo, pero veo que los efectos del veneno han sido demasiado rápidos. De todos modos ya no tiene importancia. Wen ya no existe, y en cuanto a ti... ¡no existirás a partir de ahora!

Con una mueca satánica, Thelma apretó el cuchillo, y Marta lanzó un ronco gemido mientras la implacable hoja de acero penetraba en su carne.

Marta pensó que no podía defenderse. Pensó que ya tenía el cuchillo clavado en la carne, que sólo faltaba un poco más para que Thelma le seccionase la yugular y la tráquea.

Era el fin.

Como una cosa lejana, dulce, volvieron a ella, rodeadas de una música desconocida, las oraciones de su infancia.

Susurró:

—Dios...

Sintió que la sangre resbalaba por su cuello. Sintió el frío del acero penetrar hasta el fondo de sus huesos, de su vida. Las rodillas empezaron a vacilar.

Thelma rió secamente.

—¡Ahora! —dijo con una mueca.

Fue a apretar más el cuchillo, y en ese momento, una mano de acero se cerró en torno a su muñeca como un garfio implacable. Thelma lanzó una imprecación, y dos brazos hercúleos la voltearon por el aire como si fuese una muñeca. Su cuerpo chocó contra una de las paredes, luego se estrelló contra el suelo y quedó allí, jadeando, con el vestido desordenado, con las hermosas piernas al descubierto, con los labios curvados aún por aquella mueca satánica que los hacía irreconocibles.

El puñal con el que intentó degollar a Marta había caído al suelo. Estaba, sin embargo, al alcance de su mano.

Miro con odio a Curtis mientras éste levantaba a Marta como si fuese una pluma.

—Marta... No temas No ha llegado a herirte de gravedad... ¡Marta!

Ella susurró otra vez:

—Dios mío...

Fue aquél el momento en que Thelma, con renovadas energías se puso en pie de nuevo, mientras sujetaba el cuchillo.

Su salto hubiera dado envidia a un felino, tan ágil y perfecto fue. Pero Curtis no estaba distraído ni pensaba dejar que le arrebatasen ante sus propios ojos la vida de la mujer que amaba.

Soltó a Marta, y con la mano izquierda dio un fuerte empujón a Thelma, antes de que ésta lograra rozarles con su arma. La mujer salió despedida como si la hubiera alcanzado una bala. Su espalda chocó contra una de las ventanas de vaivén que había en el recinto, y por la que aparecían a intervalos visiones terroríficas. La ventana se abrió bajo el tremendo impacto, tragándose el cuerpo de Thelma.

Ésta chilló al sentir que unas escaleras mecánicas la empujaban hacia abajo, después de caer desde la altura de un piso. Intentó moverse y no pudo. Debía haberse roto algo en la caída, aunque no sentía dolor. Vio que las escaleras llevaban a una sala llena de espejos, los cuales seguramente eran puertas que se abrían y

cerraban.

Necesitaba llegar allí. ¡Necesitaba llegar allí fuese como fuese! Si se perdía en aquel laberinto, nadie sería capaz de encontrarla.

Pero era necesario correr. Curtis podía saltar por la ventana, persiguiéndola. Era necesario llegar a aquellas puertas de cristales antes de que él tomara una decisión.

La velocidad de las escaleras mecánicas era insuficiente. Le parecieron horrorosamente lentas.

Haciendo un terrible esfuerzo, porque la pierna izquierda le fallaba, logró ponerse en pie, mientras bajo las escaleras sentía un rugido impresionante, como si el mundo entero se quebrase.

De una forma maquinal comprendió que por debajo debían pasar vagonetas que se lanzaban por una rampa a fantástica velocidad.

¿Pero qué le importaba eso?

Necesitaba llegar a las puertas. Llegar.

Apretando los dientes para dominar el dolor que ahora subía en oleadas hasta su cráneo, empezó a descender. Su mano derecha se sujetó a la barandilla, que circulaba a mayor velocidad que las escaleras, produciendo una sensación de vértigo intencionadamente provocada por los que diseñaron la Casa del Terror. Thelma, las facciones desencajadas, sintió que iba a perder el equilibrio. Normalmente, todos los visitantes de la Casa caían en aquellas escaleras, lo cual era uno de los atractivos. Pero Thelma no quiso caer. Sabía que si sus piernas fallaban ya no podría levantarse más...

Con todas sus fuerzas, intentó sujetarse a la barandilla. La pierna lesionada falló. Thelma apoyó la cintura en la barandilla y sintió que todo rodaba en torno suyo, que perdía el equilibrio... Sus manos asieron desesperadamente el aire.

Un grito alucinante y un choque breve y seco fueron todo lo que se oyó cuando ella se precipitó al vacío.

Luego, el estruendo de la vagoneta que bajaba a gran velocidad por la vía en la cual estaba doblado su cuerpo. Uno de los empleados aulló:

—¡Señorita! ¡Cuidado, señorita! ¡Dios mío...!

La vagoneta casi partió en dos el cuerpo de Thelma. Pero el hombre y la mujer que iban besándose en su interior ni siquiera

llegaron a darse cuenta.

## EPÍLOGO

—¿Marchas ahora, Curtis?

El apretó los labios. No quería confesárselo, pero tenía los ojos llenos de la presencia de la mujer, de su mirada dulce, de su expresión serena. Tenía los ojos llenos de aquella mujer que había sido única en su vida, y donde jamás habría lugar para ninguna otra.

Musitó, intentando dar a su rostro una expresión de indiferencia:

—Sí. Tengo trabajo lejos de Nueva York. He incumplido ya mi contrato, y la verdad es que no puedo demorarlo más.

Estaban en el jardín del chalet de Marta, un día después de los trágicos sucesos acaecidos en la Casa del Terror, de Coney Island. Una extraña paz, una quietud como no la habían sentido nunca les rodeaba esa tarde. Curtis se daba cuenta de que aquello era una definitiva despedida, de que aquella dulce calma era como un funeral para su corazón.

Pero intentó no demostrarlo.

—¿Te dejarán marchar? —preguntó ella.

—¿Y por qué no? ¿Quiénes habrían de impedirlo?

—La policía...

—No entiendo.

—¿No me dijiste que del accidente de automóvil tenías la culpa tú? ¿No me explicaste que por eso andabas medio escondido?

El sonrió y se llevó una mano a la frente, como si se llamara distraído a sí mismo.

—Había olvidado ese detalle, es verdad. No tuve en realidad ningún accidente, a menos que pueda llamarse así el choque que yo mismo provoqué contra una pared, sin causar más daños que los que sufrió el coche. Pretendía tener una explicación para que tú no te extrañaras si te veía en lugares poco corrientes o me comportaba de un modo algo anormal. Esa conducta era necesaria para poder

vigilarte y protegerte mejor. Con lo del accidente quedaba explicado.

—Tú ya sospechabas, que había algo anormal en ledó aquello.

—No lo sospechaba. Lo sabía con seguridad.

Marta cerró un momento los ojos.

—Curtis...

—¿Qué?

—Tengo, que darte las gracias.

—Conmigo no es necesario, Marta.

«No es necesario...». Curtis sentía que se estaba destrozando con sus propias palabras. Sabía que se separaba de ella para siempre, sin remedio, sin esperanza. Se estaban despidiendo como dos amigos cuando en realidad, todo su corazón clamaba por ella, la anhelaba a ella.

Le estrechó la mano.

—Bueno..., debo irme.

—Curtis... ¿Por qué no te quedas en Nueva York? Yo... estoy muy sola. ¿Crees que no tendrías oportunidades aquí?

—Si me quedara... terminaría enamorándome de ti, Marta. Enamorándome sin remedio. Y entre tú y yo hay una diferencia de fortuna demasiado inmensa para que uno pueda pensar seriamente en esas cosas.

Retiró la mano, que ella aún estrechaba, y caminó hacia la puerta con los hombros hundidos y la barbilla clavada sobre el pecho. Parecía como si toda su fuerza hubiera desaparecido, como si todo su vigor se hubiera disuelto en el aire. Marta sintió una repentina angustia, un dolor sordo y lacerante en el fondo de su corazón, y sintió que sus labios se entreabrían para llamar al hombre.

Pero en ese momento algo se movió tras ella.

Una sombra.

Marta contuvo un gemido, al tiempo que se volvía llevándose una mano a la boca.

Pero aquella sombra pertenecía a alguien que le era conocido, a alguien que había aparecido en su vida varias veces, y siempre de la manera más inesperada. El hombre que estaba tras ella era Millastre, el oficial retirado de la Notaría.

—Señora...

—¿Qué quiere usted? ¿Qué hace aquí?

—Sentiría molestarla.

—Ya varias veces ha intentado hablar conmigo. Por Dios... ¿qué quiere? Dígalo de una vez.

—Es cierto, señora... Siempre intento hablar con usted sin conseguirlo. Pero es que hay algo que quiero decirle desde hace mucho tiempo.

—¿De qué se trata?

—Del padre de ese señor que acaba de irse. De... de Curtis.

—El padre de ese señor ya está muerto. ¿Qué ocurrió con él?

Millastre se mordió los labios, mientras entrelazaba los dedos nerviosamente.

—La verdad es que no sé si le hago un favor a usted hablándole de esto. El notario ya ni se acuerda. Sospecho que usted tampoco, o quizá no lo ha sabido nunca.

—¿Saber qué?

—De esas cosas siempre es mejor estar enterado, aunque no pase nada. En realidad cumplo con un deber de conciencia, porque he reparado en que el señor Curtis, además de ser amigo suyo, trabaja para vivir. No tiene ninguna clase de fortuna personal, y eso no es justo.

—¿Pero, a qué se refiere? ¡Hable de una vez!

—El padre del señor Curtis y el del usted eran amigos.

—Sí.

—El padre del señor Curtis salvó al de usted de la ruina absoluta en cierta ocasión.

—Lo sabía.

—Le prestó una importantísima cantidad de dinero, cometiendo sin duda una imprudencia, porque con aquella suma comprometía incluso el porvenir de sus empresas comerciales. La cosa no hubiera tenido demasiada importancia, después de todo, porque el padre de usted era todo un caballero y hubiese devuelto la cantidad prestada hasta el último céntimo, pero... Pero sucedió algo. ¿Sabe que ambos amigos perecieron casi el mismo día a causa de dos accidentes?

Marta palideció.

—Sí que lo sabía, pero nunca pensé...

—El préstamo nunca se devolvió —dijo Millastre—. Puedo demostrarlo por los documentos. Como ninguno de los dos pensaba

morir de aquel modo, no se habían preocupado de pasar la suma a sus respectivas contabilidades, dejándolo como una operación puramente personal. De modo que, muertos ambos, se perdieron todas las noticias sobre el préstamo y la deuda no fue saldada.

—De modo que... que parte de mi fortuna debería corresponder al... al señor Curtis...

—Así es. Yo he querido advertirla por si él algún día reclama...

—¿Lo sabe él? ¿Sabe que debería ser rico?

Millastre cerró un momento los ojos.

—Sí. Sí que lo sabe, porque pasó por la Notaría hace tiempo. Pero creo que jamás reclamará.

Marta cerró un momento los ojos también. Cerró los ojos y apretó los labios en una extraña mueca. Curtis. Cuando elevó los párpados, por sus mejillas resbalaban dos lágrimas.

—Espéreme. Millastre —dijo tomando una repentina decisión—. Me ha hecho un favor muy grande... ¡muy grande! Pero aún me va a hacer otro. ¿Le importará ser testigo de una boda?

—¿De una qué...?

—¡Ya lo verá, hombre! ¡No pregunte ahora!

Y Marta corrió hacia la puerta. Y aún vio a Curtis que se alejaba lentamente, al fondo de la calle.

Y con voz trémula, ansiosa, llena de esperanza, pronunció dos veces su nombre.

El se volvió.

Sus labios sonrieron mientras chocaban las miradas de sus ojos.

FIN



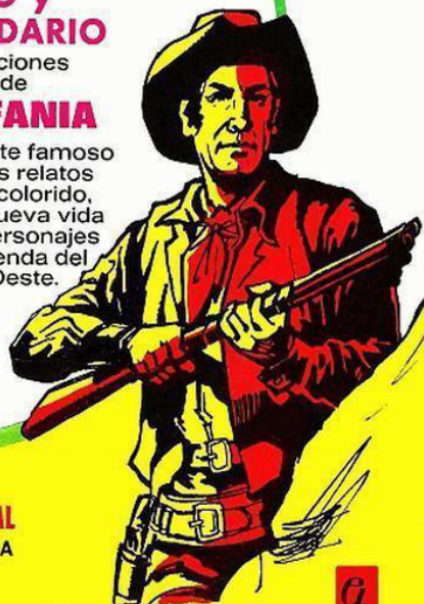
**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**  
en sus series

**CENTAURO y  
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de

**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
ASEGURE LA RESERVA  
DE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.**

